

NÚMERO 7 / MARZO - ABRIL DE 2022

TACHES Y TACHONES

REVISTA BIMESTRAL DE LITERATURA, ARTES
Y ALGO MÁS



WWW.TACHESYTACHONES.COM

REVISTA GRATUITA

TACHES Y TACHONES

DIRECTOR

Rodolfo O.

DIRECTORA EDITORIAL

Patricia Castillejos

CONSEJO EDITORIAL

Laura Pérez Martínez
Angelina Rivas Avila
Mónica Teresa Müller
Alejandro Ordóñez

COLABORADORES

Ítalo Mario Ruas Arias.
Marilú Ricalde
Arturo Nieto
Jorge Milone
Yanich Schebsdat Rivero
Gildardo Montoya Castro
Ari Guzmán
Sandra Lucía Ramírez Sánchez
Álvaro Sánchez Ortiz
Rafael Pintos López
Carolina Mejía
Jose Luis Pérez León
Valeria Ragazzoli
Rolando Rosas Galicia
Victor M. Campos
Karina Cervantes
Jorge Peral

DISEÑO

Taches y Tachones

PORTADA

Trabajo de Jorge Peral

Derechos reservados.
taches y tachones



Editorial

Como esperando abril

Se va el frío. Se anuncia ya la primavera, y abril se asoma al calendario cargado de poesía. ¿Qué tiene ese mes que conmueve tanto a poetas y cantores? ¿Serán sus vientos tibios y sus días luminosos? Quizás porque su clima templado nos anima a salir a caminar o a trotar, y a sentarnos en la banca de un parque o del jardín de la casa, con un buen libro de poesía y entre verso y verso ver a los insectos laboriosos volando entre las flores. Le han cantado tantos... Acuden a mi mente algunos versos y no puedo resistir el compartir algunos fragmentos. “Mueve el viento de abril gracioso y leve una cortina azul de mi ventana”, nos dice José Martí. “Era una mañana y abril sonreía. Frente al horizonte dorado moría la luna, muy blanca y opaca”, de Antonio Machado o “Y nuevamente abril a flor de cielo, abre tus manos tibias, y yo canto”, De Rubén Bonifaz Nuño. Se aproxima el mes de abril. Disfrutemos a nuestros poetas y no permitamos que nada ni nadie nos robe la paz interior.

TABLA DE CONTENIDO

pg.	Una ventana al mundo (poesía y cuento)
01	A veces
02	Poema sin titulo
03	Poema sin titulo
04	Llora niña
05	Presentimiento
06	Mujer
07	Quebrantada
08	Al Horacio mortal de cada cuento
09	Xoaltentli
11	Héroe
15	El tercer amor (quizás) es para siempre
19	La verdad sobre el astronauta Dimitri Blonsky
21	La culpa
23	No soy yo
25	Los caminos del señor
31	Diluvio Curial
33	Naucalpan y los perros
	Hablemos de Libros (reseñas)
37	La hondonada
	El séptimo arte "Celuloide en llamas"
39	Alteración de la perspectiva
	Notas desde el atril
43	La partitura y yo
	Entrevista y creación
51	Entrevista con Jorge Peral

" A V E C E S "

por Carolina Mejía

Dicen que necesitar ya no es la onda.

Pero qué voy a saber,
si nunca he seguido la moda.

Así que...

Yo te necesito
para construir

Contigo

algo, como un refugio.

Porque el Amor [igual que Dios], ha muerto
y solo queda tu sonrisa [a veces].



Carolina Mejía, (Texcoco, 1986). Nunca quiso escribir poesía, pero se le acabaron los cuentos. Socia fundadora y responsable del espacio cultural Grano de Arena. Gestora cultural desde hace más de una década.

Ni la peineta de marfil.
Ni la seda más fina que enredas en tu cuello.
Ni el chanel 5 de colección
harán que regrese el tiempo.
Este se fue en los cuerpos que amaste,
que poseíste o te poseyeron
y no regresarán.
Apenas son polvo o ceniza
de un fuego imaginario que quisieras
incendiara la frialdad de tus huesos.



ROLANDO ROSAS GALICIA (1954) es originario de San Gregorio Atlapulco, Xochimilco, D.F. y radica en Texcoco desde hace más de treinta años. Es profesor de tiempo completo en la Universidad Autónoma Chapingo desde 1980. Ha publicado los libros de poesía: *Naguales*, 1999, Ediciones La Rana; *Caballo viejo y otros poemas*, 2009, Ed. Molino de Letras; *Quebrantagüesos y otros poemas*, 2011, Universidad Autónoma Chapingo; *Ojo por hoja*, 2012, Cofradía de Coyotes; *Víbora de dos cabezas*, 2014, Gobierno del Estado de México, entre otros así como el libro de relatos *Pájaro en mano*, 2002, Ed. Molino de Letras.



No es la misma hambre, aquella era otra sed
cuyo odre se quiebra permanente en la comezón del
olvido.

Aquélla era cosa de doler a sabiendas que otro
mordía su corazón
y le ponía nombre a la casa.
Como un decir de náufrago, como una palabra a la
deriva.

Aquella era mi sed, el desierto donde me revolcaba
en los hedores de su ausencia,
ese rumor de dicha desmoronándose en la tibieza
bajo una blusa ávida.

Ayer era otro cuerpo en las aguas felices
de un hotel en las orillas.
Ayer era otro andar dando tumbos por las sábanas
rancias,
los espejos transitorios y el vaivén de los cuerpos.
Ayer era otro ayer, un tacto o el olor de los jugos
festivos.

por Rolando Rosas Galicia

LLORA NIÑA

por Gildardo Montoya Castro

Viajábamos en autobús.
La noche, el llanto
de la niña, incesante.

Viajábamos. La noche
le pidió al llanto magia,
inolvidable arrullo, raíz,
canción y canto.

Viajábamos de noche.

Sólo silencio.

Llora niña.
La noche será
inolvidable
arrullo, regazo,
canción y canto.





PRESENTIMIENTO

por Gildardo Montoya Castro

La sala, el retrato;
todavía, allá, debo
estar junto a mi
madre: nítidos,
lozanos; sin sombra,
ni ausencias.

Todavía debo estar...

Gildardo Montoya Castro. nació en Santa Rosa de Lima Guamúchil, Sinaloa en 1959, pero considera como su verdadero solar de origen a Villa Juárez Sonora.

Ha publicado en periódicos y revistas del interior de la República, en el suplemento Sábado del periódico Unomásuno; en la sección cultural de El Financiero, así como en la revista Molino de Letras.

Es autor de los libros El ladrón que sobornó a la luna (UACH, 1993), Armónica para desnudar el sueño (Ediciones Molino de Letras, 2004) y Ebria ilusión del aire (UACH, 2016).

MUJER

por Yanic Schebsdat Rivero

Mujer, ¿qué hacer si tu aroma
no avivara mi existencia?
A ti debo mi experiencia,
el hombre que en mí se asoma.

Mujer tu figura toma
toda clase de matices.
Por esas cosas que dices
¿quién no diera otra costilla?
¿Quién te creó maravilla
para hacernos tan felices?

Eres joven, eres niña,
mujer antigua, madura.
¿Quién no pierde la cordura
y contigo se encariña?
Es tu ser el que escudriña
nuestros pasos en la senda.
Dichoso el hombre que aprenda
a guardarte en su regazo,
si basta solo un retazo
de tu amor, para que ascienda.



Yanic Schebsdat Rivero, Nacido en Alemania el 28 de agosto de 2001 y nacionalizado cubano. Actualmente reside en Santo Domingo, Villa Clara, Cuba. He obtenido varias menciones en encuentros literarios y recientemente un premio en concurso Cuidarte, de la provincia.



QUEBRANTADA

por Yanic Schebsdat Rivero

Cuan podrida está la entraña
del hombre que la secuestra,
y como zorra la muestra
a alguna sucia alimaña.
De la casa todo extraña:
a sus padres, sus vecinos
¡Serán malditos! ¡Cretinos!
Apenas quince años tiene
para que sufra, no frene,
de entregarse a esos cochinos.

Fue raptada por su encanto
en una calle cualquiera,
para volverla ramera
aunque le quiebre el espanto.
A menudo añora tanto
un aire de libertad.
Es la cruda realidad
quien le agazapa el cobijo.
Va un año, y ya espera un hijo
de su rota intimidad.

AL HORACIO MORTAL DE CADA CUENTO

por Mónica T. Müller

- Homenaje a Horacio Quiroga -

Amo a tu alma enferma de penurias
Y a la sangre ardiente de tu esencia,
que fluye generando fortaleza.

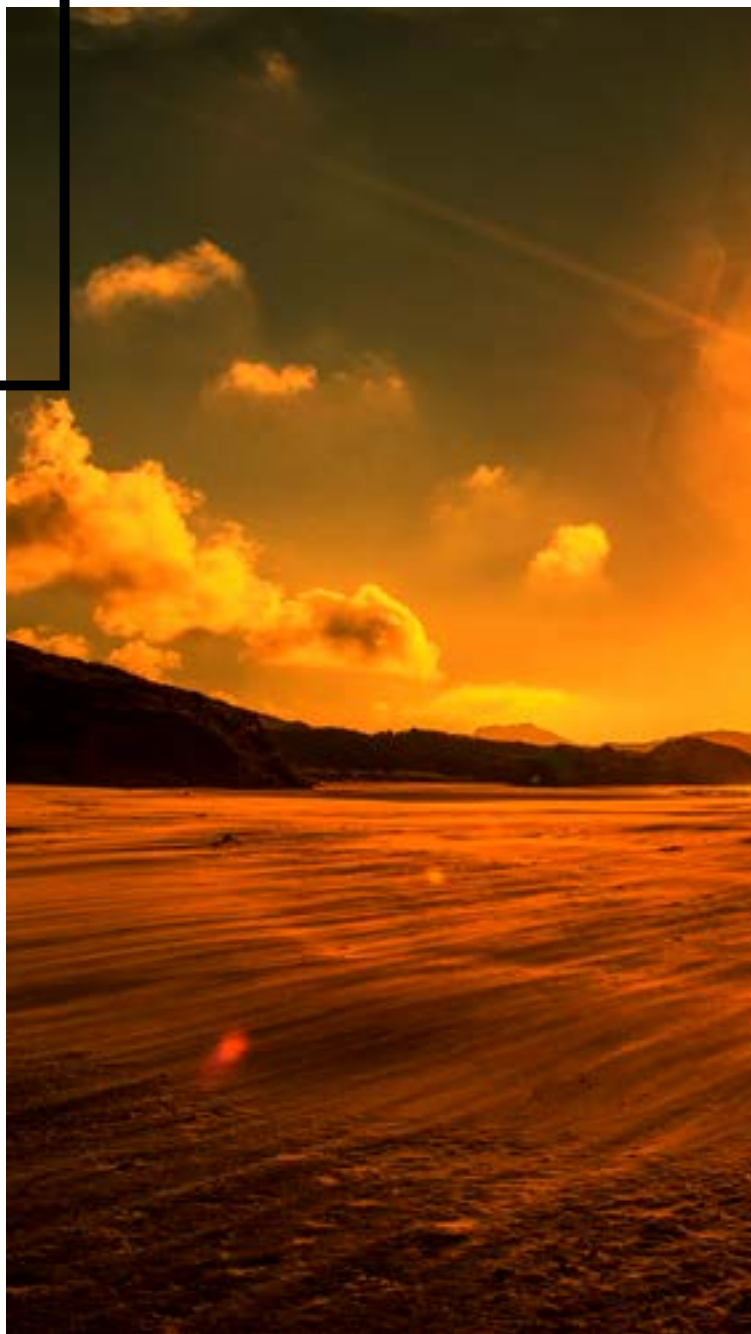
Más allá de la vida fatal que te acompaña
enquistada de sombras dolientes y ateridas,
rescato la estirpe seductora y sorprendente,
que supiste heredar de Poe, tu Maestro.

Y aunque ya no estés, te hablo en presente
pues te siento así, cercano y tibio,
engalanada tu alma por musgos y
vertientes,

que latan al compás de la selva misionera.

Veo tus pisadas marcadas a fuego
en la tierra rojiza, que mi corazón incauto
alienta el sueño idolatrado de soñarte.

No quiero más navegar en aguas del pasado
sin embargo, me estremezco recordando,
al solitario, al brillante,
al Horacio mortal de cada cuento.



Mónica Teresa Müller

Nació en Adrogué, Provincia de Buenos Aires, Argentina. Autora de cuentos, crónicas y relatos en las obras: "Palabras de Taller" (1999), "Los de Adentro" (2003), "Homenaje a Oliverio Girondo" (2003), "Torbellino de Palabras" (2010), "Sueños Dirigidos" (2014), "Polifonía" (2017), "El Lector y otros Emojis" (2018), Embajada de Emociones (2020) con GLA, Grupo Literario Ayacucho. Recibió menciones y primeros. Fue miembro fundador de la revista: "Visto desde aquí". Participó en Talleres Literarios del Programa Cultural en Barrios de la Ciudad de Buenos Aires.

X O A L T E N T L I

por Ari Guzmán

Estancio siempre había dudado de lo que vio aquella media mañana en la recámara de su tía Cela. ¿Cómo creerlo? Lo más seguro es que había sido un engaño de mis ojos, una pesadilla o un recuerdo sueño, era lo que se había repetido durante estos 36 años. Pero ahora que ella murió y mientras ayudaba a Dante, su primo, al arreglo de la habitación, el grito de Abril comenzó a develar la duda. ¡Y lo era por lo perturbador de la imagen!

—¿Te pasó algo, Abril?, gritó Dante al tiempo que corría hacia ella, quien giró como en una película de suspenso y dijo:

—¡Qué asco!

Abril tenía en las manos un frasco grande de mayonesa, de esos que se usan en los puestos de tortas. Estancio, que estaba sobre la escalera descolgando el retrato de bodas de su tía, también volteó y reconoció de inmediato el frasco. Sintió un nauseabundo estremecimiento en el estómago que lo hizo soltar el retrato, reventando el vidrio protector de la matrimonial foto.

—¡Estancio, ten cuidado, cabrón! ¿Qué no ves que es mi mamá?

—Pero ¿qué es esa cosa que tiene dentro?, decía Abril mientras agitaba el frasco. Eso parece una piedra que estuviera enredada con tierra enraizada... y esto, señaló con su dedo sucio, es... como... la maestra nos enseñó una planta... ¿cómo se llamaba? ¡mandrágora! Aunque también parece jengibre. Pero si lo miras así, y levantó el frasco a contraluz, hasta pareciera que tiene ojos y aquellas son como unas piernitas...

Entonces fue verdad lo que sucedió al regresar de la primaria aquel 31 de octubre de 1986, pensó Estancio.

Dante y Estancio, 11 y 8 años, respectivamente, caminaban sofocados bajo el último sol de octubre. Platicaban, reían y mientras pateaban un bote de frutsi retacado con los exámenes reprobados de la palomilla. Estancio le prometía a su primo que lo acompañaría a la playa, así yo cuidó de que los hermanos del Chirris no se metan. Era la ley de aquel barrio hundido en la barranca, cualquier insulto o mala palabra en contra de la madre, sin preguntas ni explicaciones, ambas partes se tenían que ver en la playa (así se le conocía a la orilla del basurero de la barranca) para, con un tiro bien rifado, limpiar la imagen de la madre. El Chirris le había dicho a Dante que su mamá estaba bien pinche loca.

—¿Por qué dijo eso?

—Es que ayer que estábamos jugando en mi casa y vio... vio...

—¿Qué?

—A mis hermanos.

Estancio movió la cabeza como cuando la maestra le explicó la tabla del 6; hizo el mismo gesto de cuando se enteró de que los Reyes Magos son los papás; hizo un chasquido con la boca y por fin dijo: “El Chirris está bien pendejo, si tú no tienes hermanos”, y río. Dante lo abrazó y le secreteó que tal vez el Chirris no estaba equivocado y que sí podía ser cierto. Estancio sonreía y ante la incredulidad que éste demostraba, a Dante no le quedó más remedio que demostrárselo.

Llegaron a la casa. Dante abrió el portón saturado de grafitis. Aventaron las mochilas al suelo y del azotón se levantó, perezoso, el polvo del suelo terroso. Corrieron al cuarto de la tía Celia. Dante hizo la seña de silencio al descorrer la cortina que dividía el cuarto de su mamá del de la tía Concepción. Al percatarse que su mamá aún no regresaba del mercado, Dante apretó el interruptor de la luz, pero ésta no encendió.

—No veo nada.

—Pus' no prende. Voy por la lámpara. No vayas a tirar nada, ¿eh?

Estancio se quedó solo en medio de la pieza con paredes de tabique desnudo y de piso colado. Los muebles como sombras respiraban polvosamente. El sonido de la calle rasguñaba el silencio y cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, un fino rayo de luz cayó sobre la siniestra pared. “Ya la encontré, sígueme”.

—Y tú, Abril, dame eso. Dante le arrebató el frasco.

—Papá, pero ¿qué es eso?

—Nada, nada hijita. Ve a traer la escoba y el recogedor para que tu tío junte los vidrios rotos y no nos vayamos a cortar.

—Sí papá, pero luego me dices qué es eso asqueroso.

Abril salió de la habitación con la parsimonia actitud de la adolescencia.

Dante alumbró el catre de su mamá; y despacio subió la refulgencia y acarició la cruz del Cristo sangrante... Los niños se persignaron. Luego, lánguidamente Dante deslizó el brillo hacia la izquierda y la imagen azteca emergió, “¿Dante, ¿cómo se llama la estatua esa?” “Xoaltentli, mi mamá dice que es el dios que te protege en el sueño, por eso está ahí cerquita de nuestras cabezas, y también está para cuidarlos a ellos”; a su lado, sobre la repisa, estaba una hilera de frascos de mayonesa gigantes y cada uno contenía un feto suspendido en formol. Eran ocho.

—Míralos, Dante acarició con la luz a cada uno de los frascos. Mis hermanos, ¿o no? Este último se le cayó a mi mamá de entre las piernas cuando estaba sobando al lavadero con mi uniforme.

—¿Por qué no son como tú o yo? ¿Y por qué están ahí?...

Dante subió los hombros acompañados de un “sabe”. De pronto se escuchó el ruido de pasos. “¡mi mamá! Pérale.”

Esa embrionaria imagen de sus mal logrados primos se le quedó colgada en la amígdala a Estancio y en rutinarias noches era la proyección favorita de su sistema límbico. En todas, sus primos le sonreían o los veía bucear en su lago de formol que hoy se le revelaba como verdad.

Estancio se quedó mirando el retrato cuarteado, alzó la mirada y vio que la estatua de Xoaltentli seguía ahí, fue entonces que lo entendió todo. Sonrió. En su teléfono buscó el significado del dios. Cuando lo leyó, ríe. “¡Claro! Primo, tu mamá sí tenía un trastorno mental, el puto Chirris tenía razón. Mira, lee”, y le mostró la pantalla. Dante leyó y luego observó el contenido del frasco.

—¿Entiendes? Por eso tu mamá no se deshizo de esa estatua, señaló a Xoaltentli, porque aún debía cuidar a ese que tienes en las manos, dijo Estancio al tiempo que carcajeaba.

Dante estaba confundido porque todavía él se lo preguntó a su mamá en el lecho de muerte, y lo hizo en voz bajita, así como se dice un secreto, y la muy ingrata con sacerdote y todo le dijo: “Me deshice de todos cuando cumpliste los veinte. Te lo juro, por todos mis hijos”. Y yo peleándome con el Chirris, pensó Dante y sonrió.

Abril entró con el recogedor y la escoba. Vio a su papá y a su tío riendo con el rostro deformado de locura; brincando como niños sobre la cama y fue entonces que a la cuenta de tres estrellaron contra el suelo a Xoaltentli y el frasco. Un olor a búlgaros fermentados emanó del terroso suelo. Abril, extrañada y con cara de yo no voy a recoger eso, dejó los utensilios de limpieza recargados en la pared, sacó su celular y salió de la habitación de su abuela, mientras Estancio gritaba, “¡eran verdad los frascofetos y no ilusión ni pesadilla ni sueño ni un recuerdasueño!”

Ari Guzmán

Escritor. Asesor literario. Doctor en Humanidades (teoría literaria). Docente en la UNAM y en la Universidad Anáhuac. Músico aficionado.



EL HÉROE

por Victor M. Campos

Yo no estaba preparado para esa situación:

Con lo que pagan, con mis propias broncas, cómo iba a estarlo. De todos modos les valió madres. Ese lunes, apenas dos semanas después de empezadas las clases, tocaron la puerta del salón y así mero llegó esa niña. ¿Y ora?, pensé nomás al verla. Miré a la directora: ella alzó los hombros y frunció la boca. La fruncimos. Le hice un lugar a la recién llegada en la primera fila. En ese momento no se me ocurrió qué más hacer. La directora algo les dijo a los demás niños, me miró y se fue. Por un buen rato, todos nos quedamos en silencio.

Cuando vi detenidamente a esa niña se me enchinó la piel. Movía los ojos de allá para acá, sin parar, como tratando de ver. Pero con esa nata blanquecina encima qué iba a andar viendo nada. Era una niña güerita, con el uniforme limpio y los útiles completos, pero con sus ojitos así hasta daba lástima verla. ¿Y ora? Cuando fui con la directora lo único que me dijo fue que desde la Inspección habían ordenado admitirla y que ya vería yo qué hacer con ella. Al volver al salón ya varios niños la rodeaban. Ella sabía que la observaban, pero no decía nada. Estaba toda roja y, si se puede decir así, bajaba la mirada.

Tuve que ahuyentarlos.

Órale: a sus lugares.

El resto de la clase hicimos como si esa niña no estuviera ahí.

A la directora todo se le hacía bien fácil. Que surgía una bronca por aquí, ahí va el subdirector; que una bronca por allá, mandaba al primero que se le atravesara; pero con los niños ahí sí era bronca de cada maestro. Tanto jodíamos con la plaza, con el sindicato, que, órale, pues, nos decía: a chingarle. Ahí está la chamba que tanto querían. Y así se lavaba las manos. Como si yo no tuviera mis propias broncas. Cuando le platicué a Adriana, medio me escuchó, pero a la primera oportunidad cambió de tema. No sin antes decir que esa no era bronca mía y que tampoco es que me pagaran como para andar salvando al mundo.

Eres maestro de primaria, no Superman.

Los primeros días no pasó nada. Me dedicaba a dar mis clases, normal, y a espantarle a los demás niños a la recién llegada. Le jalaban la trenza, se burlaban de ella, le robaban su comida. Lo que se me hizo más fácil fue sentarla frente a mi escritorio. Desde ahí podía ver si alguien se quería pasar de listo con ella. Como no hallaba qué ponerla a hacer, le daba plastilina pa' que hiciera figuritas u hojas de colores pa' que las doblara, las recortara con las manos, y así. El día que habló, me dijo que traía tijeras y que sabía usarlas. Le dije que ni se le ocurriera y hasta se las quité y las guardé en mi escritorio.

Al otro día ya tenía ahí a la mamá y a la directora. Muy seria, la señora me dijo que su hija era perfectamente capaz de usar tijeras y no sólo eso: también podía seguir el ritmo de la clase. La directora nomás me miraba sin decir nada. ¿O es que usted no es capaz de darle la clase también a mi'ja? Eso me caló. ¿Cómo que yo no era capaz? Al rato vería esa señora con quién estaba tratando. Su pregunta se me quedó en la cabeza varios días. Cuando se fue y por segunda vez le pregunté a la directora qué hacíamos, nomás alzó los hombros y me dijo lo de siempre: órale, a chingarle.

A chingarle. A chingarle.

¡Qué fácil, ¿no?!

Pues chingue usted a su madre, pensé en decirle, pero me aguanté las ganas.

Mi plaza me había costado uno y la mitad del otro, y por cosas de ésas sí te la andaban quitando.

Mejor entré a internet y busqué a ver si salía algo. Como la cieguita siempre estaba sola y más en el recreo, a veces comía con ella y me platicaba de su hermana mayor; de cómo había acabado una carrera y ahora viajaba mucho. Dijo que ella también quería viajar mucho. Cuando se aventó de memoria las capitales de todos los estados de la república me di cuenta que sabía más que los demás y de que sí quería viajar. Le encantaban los mapas y un día llegó con uno en blanco que tenía todos los contornos en relieve. Después me enseñó una regla con hoyitos y una pluma bien puntiaguda con la que podía escribir.

Mi primer impulso fue quitársela, pero no. Al rato tendría ahí a la mamá y para qué quería yo eso. Cuidadosamente se puso a iluminar cada uno de los estados de un color diferente y luego, toda roja de la pena, pasó al frente y los identificó con todo y capital. Todos nos quedamos de a seis. Aproveché el momento para decirles a los demás niños que ahí tenían un ejemplo a seguir. Si ella podía, por qué los demás no iban a poder. No debí hacer eso. En los días siguientes, cuando yo salía del salón por un momento, siempre la encontraba chillando al volver. Nadie quería decir quién la molestaba o qué le hacían y ella tampoco lo decía. Sólo le escurrían los lagrimones y se sorbía los mocos, pero no decía nada.

Me acordé de cuando me molestaban en la escuela porque era de los más chaparritos así que me dio mucho coraje y los amenacé. Tampoco debí hacer eso. Las mamás de varios se juntaron y armaron un pancho con la directora. Ella me mandó llamar y me pidió explicaciones. Le conté todo y me dijo que tuviera cuidado. Las mamás habían amenazado con ir a la Inspección si yo seguía poniéndole más atención a la cieguita. Ni era cierto eso. Es más, ni siquiera le revisaba las tareas porque yo ni sabía braille. Nomás le ponía un diez y una estrella en la frente para que se fuera contenta a su casa.

Cuando le platicué a Adriana me respondió con dos bostezos y otra advertencia: nomás que pierdas tu trabajo por andar haciéndote el héroe. Luego pasó a platicarme que cada vez le iba mejor en la estética y que estaba pensando seriamente en contratar a un chavo para que la ayudara. ¿Perder mi trabajo? No'mbre. En internet encontré unas clases de braille que estaban medio caras, pero qué otra cosa podía hacer. Cuando llegó la quincena fui a pagar mi inscripción y la primera mensualidad. El maestro que me atendió era muy viejito y también ciego, pero me tenía mucha paciencia. Me cayó bien desde el principio.

Hacerse el héroe era muy difícil. Aprender ese nuevo idioma que se escribía para un lado y luego se leía para el otro me costaba mucho trabajo. Alfabeto, Edmundo, alfabeto. No es un idioma, me regañaba el maestro. Además, el ruido que hacía con la regleta y el punzón ponía más de malas a Adriana. Pareces pollo, me decía. Llévate tus cosas para otro lado. Ella se encerraba en la recámara y me dejaba ahí practicando hasta la madrugada. Había noches en que me reclamaba porque no la dejaba dormir con mi escándalo. Fue así que empecé a llegar tarde a la casa para no hacerle ruido. Me iba a practicar a otro lado y cuando volvía, ella ya estaba dormida o todavía no llegaba.

También empezó a llegar tarde igual que yo.

La cieguita se sorprendió cuando empecé a leer sus tareas en braille. Primero muy lento, y así, pero con el tiempo le fui agarrando la onda. Parecía más contenta y hasta hizo uno o dos amigos. Ya no comía sola en los recreos y a veces hasta la invitaban a jugar. Le gustaba trepar árboles y decía que hasta sabía andar en bicicleta. Por un tiempo la mamá y la directora estuvieron en paz. Nomás que no se me ocurriera a mí ponerla de ejemplo ni amenazar a nadie y todo estaría tranquilo. Pero llegó el concurso de los símbolos patrios.

Todos los niños tenían que participar así que por todos, entendí todos. La cieguita tenía memoria de elefante y cuando hablaba lo hacía como nadie. Cuando se hicieron las primeras eliminatorias en la primaria, la directora nomás me echó sus ojotes. Las mamás de los otros niños también y en pocos días volvieron a hacer borlote. Esa vez la directora no la tuvo tan fácil: cuando la cieguita quedó como representante de la escuela para ir al concurso de zona, no supo qué hacer. ¡Cómo que esa niña nos va a representar! Esa vez el que alzó los hombros fui yo. Donde manda inspector, no gobierna directora.

Ándate con cuidado, Edmundo, me dijo.

Estás en la cuerda floja.

Por la tarde fui a mis clases de braille y al llegar me encontré una corona de flores y un moño negro afuera de la casa del maestro. Se me hizo un nudo en la garganta y ya ni tuve que preguntar nada. Me quedé un rato, rezamos por su eterno descanso y me tomé tres cafés. Esa noche llovió mucho y llegué a la casa muy tarde y todo mojado. En la mesa del comedor había un papel en el que Adriana me decía adiós y me felicitaba por ser un héroe. Se había llevado casi todo y sólo estaban mis cosas por ahí aventadas. Tenía muchas ganas de llorar, pero no había tiempo. Me cambié de ropa y me puse a trabajar.

Pronto sería el concurso y había que preparar a nuestra representante. Elegí una oda a la patria más larga y difícil y me aventé toda la noche pasándola al braille. Al día siguiente se la di.

Todos los días practicábamos en el recreo, a escondidas de la directora, y cada vez le iba saliendo mejor. Así hasta que el mero día llegó. Cuando ella subió a la tarima, con sus zapatos boleados y sus calcetines de holanes, la falda bien planchada, su suéter con el brazalete de la escuela y su bastón, todos se quedaron de a seis. Se aclaró la voz y declamó alzando la mirada como si sus ojos pudieran ver esa patria soñada, esa bandera bella y esa tierra rica y fértil de la que hablaba la oda. Cuando terminó todo el mundo se quedó en silencio. Luego fue el inspector el que se aclaró la garganta y pidió el aplauso del público. Muchos aplaudieron. Yo lo hice hasta que me ardieron las manos. A la directora no le quedó de otra y también aplaudió. Pasaron más niños y al final, luego del redoble de tambores, se dio el nombre del ganador: María Guadalupe. Ahí mero me cayó el veinte de que la cieguita tenía nombre. La directora subió e improvisó unas palabras en las que se decía muy contenta y luego habló de todos los esfuerzos que la primaria había estado haciendo para obtener un logro como ése. María Guadalupe volvió a subir, esta vez acompañada de su mamá, y dio las gracias. La mamá también dio las gracias y, entre lágrimas, recibieron la estatuilla y se abrazaron. La directora y algunas mamás me miraban con ojos de pistola. Yo estaba que no cabía de orgullo y no podía dejar de sonreír. Al siguiente viernes me cambiaron de escuela. Aunque fui al sindicato y le rogué al líder, de nada sirvió. Es usted muy buen maestro y necesitamos muchos como usted allá en la sierra así que me agarra todas sus chivas, y órale. Al inspector de zona nunca lo pude hallar en su oficina. Le mandé varios correos a la directora pidiéndole que me ayudara. Fui a buscarla, pero mandó al subdirector a decirme que estaba muy ocupada y que no había modo de que me recibiera. Me mandaron a la sierra nomás por su güevos y a todos les valió madres.

Ahora Supermán tendrá que viajar cinco horas en camión y tres en mula hasta su nueva escuela.

Víctor M. Campos (Ciudad de México, 1976) se formó en el Taller de Escritura Creativa dirigido por Carmen Simón. Es cuentista publicado por el Fondo Editorial de Querétaro y por distintas revistas y plataformas como Marabunta, Temporales, Hysteria, Plástico, Monolito, Katabasis, Bitácora de Vuelos, Fantastique, Acuarela Humanística, Anuket, Espora, Interliteraria, Sinestesia, Aion, Ipstori, etc.

REAL DE SAN MIGUELITO ARCÁNGEL

NOVELA ANTI HISTORICA

Escrita por Alejandro Ordóñez

Navegando siempre hacia Occidente, desafiando todos los peligros existentes, el valiente, el temerario, el heroico Cristóbal Colón llegó a las Indias. ¡Bendito Dios!

La novela nos retrata la vida en la Nueva España y las travesías del Nuevo Mejiico a España, una vez consumada la conquista, nos guía a través de los defectos y virtudes de lo que estamos hechos los seres humanos: la codicia, el odio, el engaño, el honor, la lealtad, el erotismo, el amor, la vida, la muerte, los héroes, los villanos, al final todos mortales; patrones que se repiten desde los tiempos más remotos hasta nuestro días, historias, leyendas, anécdotas, cuentos que se transmiten de generación en generación a través de los abuelos, de los tatas, de los patriarcas, de los jefes del pueblo, de padres a hijos, que dan origen a los pueblos, a las culturas.

“pueblo aguerrido acostumbrado a defender sus derechos con uñas y dientes, donde sin distinción de sexo se lucha a muerte antes que dejarse vencer”

Fue George Orwell el que alguna vez diría “la historia la escriben los vencedores”. De Real de San Miguelito Arcángel, novela antihistórica ¿Quiénes son los vencedores? ¿Quiénes son los vencidos? Los conquistadores, los conquistados, Malitzín, Malinche, El capitán Santiago de Benavente, la tribu perdida, los españoles, la nueva raza mestiza, Don João Costa, Cristóbal Colón, el Rey Carlos, Moctezuma, la Reina de Portugal, Doña Jimena, Don Jacob, los tatas, El Duque de Gandía, el Papa Clemente VII, la santa iglesia, la santa inquisición.... Personas reales, personas ficticias que viven la esencia humana, que crean la historia y la hacen nuestra.

Real de San Miguelito Arcángel nos envuelve con el aroma del chocolatl, el sonido alegre de panhuéhuets y chirimías, el horror del ruido generado por los cuerpos humanos rodando por las escalinatas después de los sacrificios humanos, la tensa calma chicha en medio del mar, los lujosos y ostentosos palacios, las selvas, los puertos, los navíos, las minas, el brillo del oro, al final siempre el oro.

“Entró a la catedral de San Miguel Arcángel, se estremeció al conocer la historia de la tribu perdida y ver de cerca las facciones de esos indígenas inmortalizados en el monumento a los fundadores, están ahí los niños, mujeres, ancianos y hombres jóvenes, cuyos rostros reflejan el miedo y la esperanza propia de los que ignoran si van en busca de la libertad o de la muerte”

Jose Luis Pérez León

EN VENTA POR AMAZON.COM

amazon.com



EL TERCER AMOR [QUIZÁS] ES PARA SIEMPRE

por **Sandra Lucía Ramírez**

Las cosas que me vienen a la cabeza al mirar esta mesa plagada de pendientes. Cúmulos de papel y restos de comida formando un arbitrario cosmos desde el que debería en algún momento surgir algo. El Tarot no miente. El arcano mayor que apunta con su espada al ocho de oros con toda seguridad significa algo.

Sé que muchas prefieren ignorar a los palos menores en sus lecturas y creo también que la única excusa para no tomarlos en serio es la pereza o probablemente la ignorancia. En fin. Yo tuve, en cambio, una gran maestra.

Soltera, de belleza sin tiempo, la tía Juana se sentaba cada mañana a tomar café con leche en el patio trasero, ahí donde el sol se ofrecía remilgoso a los cuerpos madrugadores de orquídeas, perros y gatos. Con sus manos largas, de uñas perfectamente recortadas y cicatrices varias, tomaba el mazo que se dejaba barajar dócilmente. Cada carta sabía contar una historia. Los manchones de grasa y cera se entrelazaban con las imágenes para devenir misterios, siempre descifrados por el par de ojos negros que sonreían cada vez que la consultante en turno preguntaba por el amor de verdad, ese que en infinidad de ocasiones era confiado al más inverosímil destinatario.

“¿Qué le quieres preguntar hoy al Mundo?”, decía.



Y la niña de cuatro años que se paraba en puntas para poder sostener el vaso de leche, de cabra recién ordeñada, asentía con la mirada puesta en el perro que corre tras El loco. Primer arcano, aquel después del cual todo es posible. Y en esa posibilidad ininteligible me zambullía, mientras mi cara se aplastaba contra su inexistente barriga, aspirando los olores cítricos de su cuerpo... naranja, mandarina, pay de limón y fresas. Al atardecer encendía velas.

“Sirven para un carajo, pero siempre, siempre, hay que preparar el escenario...”

Porque ella era una prima donna. Una prima donna amortajada en un vestido gris de corte recto, sin escote, nunca demasiado largo, nunca demasiado corto. Medias oscuras y zapatos de tacón mediano. Una bailarina que danzaba a la luz de las velas con las manos, con los ojos deslizándose del rostro a la mesa, a la carta, al cigarro sin filtro que se consumía lento mientras duraba la consulta.

“Claramente, el caballero de espadas nos habla de un hombre blanco que pronto tocará a tu puerta, aunque tendrás que saber si realmente lo quieres, porque el Juicio nos indica que no estás del todo segura.”

El Sol, la Luna y sus simetrías con los Amantes. Yo escuchando detrás de las cortinas mientras me entrenaba en estrategias lectoras. Una lectura, y otra, y consultantes consuetudinarias. Cada tanto: la Templanza.

Era una mujer tan sin edad que su muerte me agarró de golpe. Una patada en mi estómago de treinta y tantos años. Murió sola. Atrincherada en la vieja casa en la que transcurrió la mayor parte de su vida. Murió en paz. Me dijeron. Y yo lloré. Lloré con y sin lágrimas. Lloré mientras apretujaba el rostro en el pecho de mi compañera, quien me acariciaba como a un gato, en silencio. Hasta que pasados unos meses me dijo, sin dolor ni culpa, que se había enamorado de otra y que pensaba que era buena idea que buscara un departamento para mí que, ya que estaría sola, podía ser más pequeño... que no había prisa, que ella podía ayudarme, que había sitios excelentes por la zona, que prefería tenerme cerca para poder cuidarme.

Para entonces se me había gastado el llanto. Me fui. Tomé un autobús y viajé al pueblo. Compré una cabra, velas y un mazo de tarot. Aunque más estrecha que en mis recuerdos, la casa sigue siendo la misma y la vieja morera continúa dando frutos. Los días, el sol, el silencio, y el interminable mensaje archivado en el buzón de borradores, fueron tejiendo una red en la que mis noches se hicieron más hospitalarias.

Esta mañana preparé un café, sin leche. Miré a la cabra devorar los frutos que, víctimas de algún pájaro ladrón de azúcar, se pudren en el suelo. Cogí el mazo -nuevo, resplandeciente, sin manchas de cera ni de café, sin historia-. Sentí el olor de papel recién liberado de su cárcel de celofán y, con mis manos torpes, comencé a barajar mientras mi memoria era arrullada por la letanía de gratitud al Sol, a la Luna y a todos los ángeles. Desplegué las cartas en cruz y llamé a mi madre para preguntarle la hora exacta de mi nacimiento.

Mi madre, como siempre, no recordaba ni el día ni la hora. A veces dice que nació de madrugada, otras que al atardecer. El acta en la que se consigna mi nacimiento apunta: 11:00 am. Lo que sí sé es que nació en casa. Fueron las manos de Juana las que me recibieron, en su habitación colocaron mi cuna, su voz entonó las nanas que me adormecieron y las mantas que me cubrieron fueron confeccionadas en su imperecedera Singer.

“Mamá, ¿por qué Juana nunca se casó?”

“Porque era bruja...”

Y la historia, que ya no importaba porque su dueña estaba muerta y no era necesario seguir guardando sus secretos, se concretó en palabras, triturando los restos de una vergüenza familiar que por generaciones cubrió injustamente su femenino cuerpo.

“A la tía se la robaron cuando tenía dieciséis años. La dieron por perdida.”

Dos años después una mujer aterradora apareció en la puerta, sucia y llena de cicatrices. Escapó. Había sido violada, prostituida, obligada a abortar a golpes. Ahí estaba, exhibiendo su cuerpo y sus magulladuras, con el alma arrebujaada en un rincón profundo para poder salvarse. La infamia popular que cita grandes infiernos para los pueblos chicos tomó de rehén el residuo de su carne.



Fueron las cartas, aprendidas en interminables lecturas durante su casi elegido enclaustramiento, los baños de yerbas y las voces de los niños, lo que recompuso su pelo y su mirada. Ayudó también una planta de olor singular cuyas flores eran secadas al sol y trituradas junto al tabaco oscuro; una mezcla atesorada en la bolsita que escondía en algún lugar de su cintura. Con el tiempo, la fuerza le ganó al dolor y la belleza al cuerpo, a la par que Juana ganaba fama de bruja. De las buenas, de esas que no hacen amarres pero conocen bien las transacciones necesarias para juntar a los amantes, porque ella sabía que siempre hay un gran amor para cada una. En eso el universo no está descompensado.

“¿Qué quieres preguntarle hoy al Mundo?”

Con el resto del café frío y amargo despertando mi lengua, y un escalofrío como prelude de una compasión no declarada, las cartas me interpelan; tumbadas sobre la misma mesa en la que otras cartas y otras manos tejieron esperanzas, rehacen mi historia. Escribo un mensaje para Rita.

“Hola, voy a pagar por el envío de mis cosas.”

Los arcanos no mienten. En las tiradas siempre hay simetría. En cosas del amor el universo nunca está descompensado. Una mujer que apunta con su espada a un ocho de oros debe significar algo.

Sandra Lucía Ramírez, filósofa, psicóloga y madre que incursiona en la narrativa para explorar las infancias, en un entorno pandémico en el que los niños son ignorados y las maternidades con sus inacabables exigencias son invisibilizadas.

TACHES Y TACHONES

Estamos invitando a cuentistas, poetas, reseñistas, ensayistas, músicos, pintores, escultores, fotógrafos y anexos de la comunidad internacional, para que se incorporen a este esfuerzo, en el entendido de que conservarán sus derechos de autor y de que todas sus colaboraciones aparecerán con su nombre.

Si te interesa por favor ponte en contacto con nosotros o envíanos tus trabajos a la dirección tachesytachones@gmail.com donde con mucho gusto y respeto serán revisados por el comité editorial y de ser aprobados se publicarán en número subsecuentes.

Muchas gracias anticipadas por la atención que nos brindas.

WWW.TACHESYTACHONES.COM



LA VERDAD SOBRE EL ASTRONAUTA DIMITRI BLONSKY

por **Álvaro Sánchez Ortiz**

De Dimitri Blonsky se dice que ha sido el astronauta con peor suerte en la historia: en su primer viaje al espacio su casco se rompió a media caminata espacial y de milagro había regresado vivo a la Tierra; en su segunda excursión, murió cuando un asteroide se estrelló con su nave justo al salir de la atmósfera.

Sin embargo, cuando cayó la Unión Soviética, el nieto de Dimitri entregó a un periodista amigo mío el diario personal del fallido cosmonauta. No la versión censurada, publicada por la prensa oficial soviética, sino aquel del que sólo su esposa sabía su existencia y localización. También le entregó el expediente de su abuelo hecho por el Programa Espacial Soviético (PES), que su madre había robado en el convulso 1991. Con esa información, mi amigo pudo reconstruir una historia muy distinta a la pregonada oficialmente.

De hecho, puede ser que Dimitri Blonsky haya sido el hombre más afortunado en la historia.

En cuanto al primer incidente de Dimitri, hay pocas discrepancias. Cuando el cosmonauta inició su caminata espacial, un asteroide del tamaño de un chicharo golpeó el visor de su casco y lo quebró. Para salvarlo, los controladores en tierra activaron la reversa del pequeño motor que enrollaba y desenrollaba la manguera del suministro de aire. A pesar de que el orificio causó radicales variaciones de presurización, Dimitri sobrevivió.

A su regreso, el coronel Blonsky fue severamente interrogado. Había transcurrido medio minuto entre la ruptura del casco y la activación de la reversa del motor, por parte del control en tierra. En dicho tiempo, Dimitri no había hecho el menor esfuerzo para salvarse. ¿Cómo era posible, se preguntaban las autoridades del PES, que un hombre en peligro de muerte se quedara totalmente impávido durante treinta segundos? No era esa la actitud que necesitaban de sus astronautas, si es que pretendían mantener la hegemonía sobre los Estados Unidos en la carrera espacial. Como Dimitri no contestara nada claro, fue suspendido indefinidamente del programa espacial, aunque permaneció entrenando dentro de las instalaciones.

Aquí es donde el diario aclara las lagunas del expediente. Mientras que el documento oficial sólo dice que el astronauta mostraba signos de estrés y depresión, el diario personal nos explica la visión íntima de Dimitri sobre su situación. Habla de un “evento”, de un “encuentro” por el que se siente física y espiritualmente transformado. Al regresar a la Tierra, sufre una desagradable sensación de pesadez, “como si mi cuerpo fuera de plomo”, y una sublime alteración de la vista por la cual ve todo más claro. Lo más desconcertante, sin embargo, es su incapacidad para soportar casi cualquier sonido.:

“Apenas tolero la música clásica. La mayoría de las voces me dan la impresión de mugidos de vaca. Y los crujidos de una hoja de papel al ser arrugada me crisan los nervios y me hacen sudar”. En cuanto a su ser más profundo, Dimitri contrasta su pequeñez con la inmensidad del universo. La caminata que se suponía debía ser motivo de soberbia satisfacción para el ser humano por su capacidad de domeñar a la creación, se convierte, para su protagonista, en una nítida conciencia de su nimiedad que, sin embargo, no le produce desconsuelo, sino que abre su ser a una vaga ternura, “como la mirada de una madre sobre su hijo”.

Blonsky se sumerge en la lectura de algunos temas obsoletos de filosofía antigua y luego escribe una carta para su hija “a la que no verá crecer” y prepara un sobre con detalladas instrucciones para su esposa.

En lo que respecta a la segunda salida al espacio del coronel Blonsky, la discrepancia entre la versión oficial y la registrada en el diario es total. Según consta por anotaciones hechas por la esposa en el diario del cosmonauta, la noche anterior a la partida de una misión para la que no estaba contemplado como parte de la tripulación, Dimitri “robó” el cohete espacial; es decir, se lanzó al espacio a sí mismo.

Al ser contactado por radio, Dimitri pidió disculpas por su deshonrosa acción, pero adujo que era la única manera de lograr su objetivo. Cuando lo cuestionaron sobre su propósito, sólo dijo: “Espero volver a encontrarla. Y espero que ustedes la escuchen”. En la grabación de la conversación únicamente se percibe estática después de estas palabras.

Los registros automáticos indican que Blonsky eyectó la escotilla de la cápsula y que se arrojó hacia el espacio sin haberse preparado. Por si quedara alguna duda de que se trató de un suicidio extravagante, una misión de los años ochenta encontró la cápsula de Dimitri flotando en el espacio; ni siquiera se había puesto el traje espacial.

Tal deshonra era insoportable para el PES, y es por ello que se creó la versión oficial del astronauta con mala suerte que chocó contra un asteroide en su segunda salida de la atmósfera.

Pero el suicidio estaba muy lejos de las intenciones de Dimitri. Al ver los pasajes subrayados en el libro, la esposa del coronel comprendió la suerte de su marido. Al haber quedado expuesto al infinito universo en su primera caminata, el astronauta había escuchado la más sublime música que pudiera existir. Al principio, creyó que se había tratado de una alucinación por la falta de oxígeno, pero al investigar descubrió el concepto pitagórico de “la música de las esferas”, el majestuoso canto coral de los cuerpos celestes, que interpretan eternamente la sinfonía concebida por su Creador. Por eso, al volver, los sonidos más armónicos le parecían apenas balbuceos, y no soportaba el ruido. Incapaz de renunciar a semejante armonía una vez que la hubo oído, retorno a la inmensidad estelar a entregar su vida por volverla a escuchar y, tal vez, por encontrarse con el compositor, cuya amorosa mirada había sentido vagamente al contemplar con nuevos ojos el cielo nocturno.

Esa es la verdadera historia de Dimitri Blonsky, tal como pudo reconstruirla mi amigo conforme a los materiales que le fueron entregados. Dicen que Yuri Gagarin, compañero de Blonsky en el PES, se sintió tentado a librarse de su casco para escuchar la música de las esferas. Pero eso es una fantasía sin pruebas.

Álvaro Sánchez Ortiz

(Ciudad de México, 1977) es licenciado en Letras hispánicas y en Filosofía, egresado de la UNAM, con mención honorífica, en ambos casos. Asimismo, realizó el diplomado en creación literaria de la SOGEM. Es autor de *Telúrico* (UNAM, 2018), obra ganadora del concurso de Ediciones Digitales Punto de Partida, en la categoría de cuento. Se ha desempeñado como profesor de literatura y de teatro.

LA CULPA

por Rafael Pintos



Cuando lo conociste dejaste de pensar. Llegó a la escuela como director. Pero desde ese momento todo fue él. Era alto y buen mozo. Tenía esa sonrisa un poco imprecisa, ese sentido del humor, esa mirada que te llegaba mucho más allá de lo compartido. Vos eras una maestra, pero él se enamoró de tu picardía y de tus bromas infantiles.

El día nublado, los chicos que no te dejaban oír lo que decía mientras te miraba. Las imágenes que se te fueron quedando tan lejos.

Siguieron años de Buenos Aires. Él, con un puesto importante. Vos, con familia chica. Fueron años de hijos, de felicidad, de salidas, de vacaciones en la Patagonia. Muchas navidades y mucho manejar por esos caminos del Sur.

Buenos Aires era toda estilo. La ciudad te llamaba la atención. Vos eras muy coqueta y sabías que los hombres te miraban. Ni lo que pasó ni cómo pasó en realidad importan. El tipo era eso: un tipo. Hasta te olvidaste de la cara que tenía. El apellido era francés y él sonaba como educado. Fue un fato. Empezó en una mirada con doble sentido y siguió con tu maldita debilidad.

De cualquier manera, quedó algo pendiente. Un mal gusto en la boca, una mirada de tus hijos adolescentes que se maliciaron el asunto sin entender muy bien por qué. Gerardo ni siquiera lo imaginó. Siguió enamorado toda la vida.

Pasaron más años. Los hijos se casaron. Los hijos y los nietos se fueron lejos, como pasa en la Argentina. Vos seguiste sonriendo, pero arrastrando esa culpa inmensa que no te dejaba en paz, que te subía desde la suela de los zapatos.

Llegó el otoño, y con él, la vuelta al Sur. Tramitaron la jubilación, casi juntos. Compraron la casa y después el departamento. Gerardo gozó de esos días de sol y libros. Siguieron paseos y conversaciones pueblerinas. El pueblo los festejaba como los hijos pródigos que eran.

No duró mucho. A él le tocó la muerte rápida que se concede a unos pocos. Quedaste sola en el departamento. Durante el día estaba la empleada, que vos sabías se quedaba con alguno que otro vuelto, pero que en general era de oro. Durante las noches, televisión y soledad. Y culpa. Sabías que él ya no estaba y que no había vuelta atrás. Pero la culpa te golpeaba la puerta, te machacaba durante los programas de televisión y las películas. Te torturaba cuando te ibas a hacer un café.

Llegaste a pensar en terminarlo todo. Llegaste a pensar que te estabas volviendo loca. Hablaste con el cura. Hablaste con tu amiga Eugenia. No había solución.

Hasta que pasó lo inevitable. Estaba oscuro, hacía mucho frío y nevaba como solo en la Patagonia. Vos habías estado toda la noche con los ojos fijos en el televisor, viendo a locutoras y actores moverse y hablar como autómatas. Nada de lo que decían tenía sentido. No entendías lo que pasaba. La culpa te miraba desde el sillón.

Te pusiste el robe sobre el pijama y saliste corriendo. El ascensor hizo ruiditos como queriendo persuadirte de algo. Saliste a la puerta y el frío te dio en la cara y en el cuerpo. Ni siquiera habías atinado a agarrar las llaves. La puerta se cerró con un clic y corriste hacia el lado de la catedral, al borde del lago. No había casi nadie en la calle. De todos modos, nadie iba a mirarte mientras corrías hacia esa maldita catedral en la que alguien tendría que escucharte otra vez.

Hacía frío. Hacía frío. Pero nada era peor que la culpa, que te había perseguido por la calle, hasta la catedral. Golpeaste el portón de entrada. Gritaste con voz ronca. Nadie salió. Golpeaste y gritaste más y más. Te sentaste en los peldaños y lloraste. Gritaste y lloraste.

Llegó el patrullero. Algún vecino los habría llamado. En realidad, ya no te importaba. Te llevaron muy atentamente a la comisaría. Los agentes no habían visto nada parecido: una vieja haciendo barullo frente a la puerta de la catedral en una noche nevada.

Cuando llegó tu hijo Gerardito a buscarte, todo había pasado. Estabas sentada en un banco de madera con los ojos perdidos. Hasta le sonreíste.

Ni él ni los policías entendieron que ya se te había perdonado.

Pero la absolución concedida tendría un precio. La pena que tendrías que pagar sería un purgatorio que se llamaba asilo de ancianos.

Cuando te fui a visitar ya no estabas. Eras una más sentada a una mesa de muertos en vida. Me aceptaste unos caramelos con una sonrisa chiquita y me mostraste tu habitación. No sabías quién era ni por qué había ido a verte.

Lo bueno era que la culpa y tu memoria se habían ido de la mano.



Rafael Pintos-López

Nació en Santiago del Estero, Argentina, pero vive en Australia hace mucho. Apasionado por la lingüística y los idiomas, enseñó traductorado y castellano en la Universidad de Canberra durante varios años. Ha publicado libros en inglés y castellano. Ha escrito cuentos, poemas y artículos para revistas físicas y virtuales en Europa y Argentina, ninguno de ellos importante. Es polifacético, con actividades diversas, como los inventos (sin éxito), la pintura y el diseño de joyería, la escultura, la cerámica, la religión, la filosofía, la historia y el idioma japonés, entre otros. Ha recibido algunos premios de pintura. Como sucede con cualquier cuentista, no hay que creer nada de lo que escribe.



NO SOY YO

por Alejandro Ordóñez

No lo soy, definitivamente. Por eso odio a ese viejecillo que me espía y se deja ver frente a las vidrieras de comercios y bancos. Lo odio cuando se refleja en las ventanas o en los espejos de los baños, recámaras o el comedor de la casa y me sigue subrepticamente a donde voy. Soy otro, ¿saben? Mi reino no es un espejo, es la fotografía, como esa en la que se me ve entrando triunfal al Estadio Centenario después de correr cuarenta y cinco kilómetros a campo traviesa, de México a Cuernavaca, en tres horas cuarenta minutos. Soy el maratonista que quedó impreso en cada foto. Soy el que escribe novelas, cuentos, columnas, reportajes. El tozudo, el necio capaz de encerrarse ocho horas para darle vueltas a una misma idea y volver a borrar lo escrito. Soy ese que ven aquí, ignorando a la cámara, con la sonrisa amplia, la mirada clavada en el infinito y la seguridad que da la juventud de poder conquistar al mundo. Soy ese quinceañero bailando en su primera fiesta, estrenando su primer traje, su primera corbata, disfrutando con su primera novia...

Al estilo del poeta Friedrich Hölderlin quien en su vejez, con expresión ausente, pasaba los días meciéndose en un columpio atado a un árbol muy alto, tengo una mecedora en mi jardín donde paso las silenciosas tardes. Está en medio de dos grandes losas de concreto separadas por una angosta franja de césped. Recojo las piernas pues si bajo sin ayuda las piedras se abrirán y caeré por un profundo hoyo que conduce a la madriguera del conejo blanco que cruza pegado a la hiedra, se detiene, olisquea, mueve nervioso los bigotes y reemprende con gran prisa la carrera.

Abstraído, sólo reacciono cuando la joven enfermera acaricia mi hombro y me pregunta si deseo mecerme. Toco la palma de su mano, recorro sus dedos y ella empieza a empujarme. La mecedora se convierte entonces en una máquina del tiempo capaz de regresar al pasado, cruzar la frágil línea del presente delimitada por la franja de pasto y lanzarse en pos del futuro. Comprendo la relatividad del tiempo y noto cómo basta un leve impulso para que éste se acelere y vuele; comprendo que sin un incentivo el tiempo se arrastra como un caracol y se vuelve interminable.

En la parte baja del sillón hay un orificio por el que veo el móvil suelo y como si fuera un astrolabio de los usados por los antiguos navegantes distingo, en el nadir, la angosta franja del presente que conduce al pasado o al futuro, según la dirección del movimiento. Comprendo la fragilidad, la levedad del instante que vivimos, esa fantasía que dura lo de un sueño. Cuando el movimiento es violento, al llegar al máximo vuelo distingo las copas de los árboles y al estilo de Haruki Murakami siento que soy Kafka en la otra orilla y me pregunto qué habrá en aquel extremo. ¿Qué ocurrirá si cruzo esta zona luminosa y vuelo hasta alcanzar el lado oscuro de la luna?

Las noches son terribles, escucho el silencio cósmico, las vibraciones que desprenden los quásares, la vorágine de los hoyos negros devorando una galaxia, el paso de los cometas y el desplazamiento de los planetas en sus órbitas. Además a menudo vienen a visitarme mis muertos. Mueven objetos, hacen ruidos, escucho susurros.

Enciendo la lámpara de seguridad, que usa la enfermera para no caerse, y me incorporo lentamente, distingo en la penumbra al fondo de la recámara, en el espejo del tocador, una espectral silueta que emerge desde abajo y en la medida que me muevo se levanta amenazadora. Me agacho, levanto las manos, agito los dedos imitando el vuelo de las aves y se asoman al espejo oscuras golondrinas Becquerianas. Apago la lámpara, levanto una, luego las dos manos, me incorporo y sólo hasta que me convengo que el intruso se ha ido vuelvo a acostarme. Entonces pasa por la calle una patrulla y bajo los reflejos de las luces rojas y azules se dibuja en el techo un enorme ojo, luego otro, la nariz, una gran boca que sonrío gatunamente al estilo Cheshire y sin esperar pregunta, advierte: si sigues ese camino hallarás al sombrerero... Lo malo es que está loco. No me gusta, contesto. ¿Qué camino debo tomar? Cualquiera, repite, todos conducen a la locura, ¿no lo sabías? La imagen del gato avanza por el techo, baja por la pared, siempre sonriente, desaparece pero su voz se escucha aún cuando la patrulla se ha marchado: los únicos cuerdos son los perros, ¿comprendes?

La cama se mueve bajo el peso de alguien, ¿de quién? Intento moverme, algo lo impide. Grito desesperado, se abre la puerta, entra la bella enfermera, pide que me corra al centro de la cama, se recuesta a mi lado, mi rostro queda arropado en su regazo, me acaricia, mesa mis cabellos y me consuela como si fuera una criatura, deslizo mi rodilla por su entrepierna y sollozando empiezo a frotar; con el instinto de un bebé busco su seno, siento cómo se pone duro el tejido, a través de su ligero camisón empiezo a chupar, bajo la tenue luz de la lámpara observo cómo la húmeda tela se vuelve transparente y se imprime nítida su aureola, ahora es mi muslo el que la frota, percibo sus líquidos vitales y siento empapada mi pijama. Duermo, sueño con ella, recuerdo su expresión al saber que serán tuyas mis fincas, fortuna y heredades. Imagino la cara de mi parentela cuando lo sepa, sobre todo porque piensan que soy un desquiciado, no saben que de locos y de santos están llenos los altares.

Odio las primeras horas de la mañana, cuando temo por mi vida. Al afeitarme aparece al otro lado del espejo un tipo gordo, calvo, feo, ojos saltones, hinchados por las desveladas, que me mira con odio y con desprecio. Llegué a creer que se burlaba de mí porque repetía acuciosamente mis movimientos, pero estaba equivocado, soy su esclavo y es él quien me obliga a repetir sus actos. A veces decido no rasurarme pero apenas entro al baño toma el tarro de jabón, humedece la brocha y sin pedir opinión me embadurna la cara, abre la navaja y la afila contra el grueso cincho de cuero, me mira amenazador, sonrío vengativo y con mirada hipnótica me obliga a seguir sus movimientos; de pronto el ardor y el dolor se hacen presentes; él sonrío, unas persistentes gotas de sangre salen de la cortada y escurren hasta el piso. Lo que no sabe es que he comprado una nueva navaja de acero toledano, cachas de nácar y que a escondidas, donde él no puede verme la he venido afilando al grado de poder cortar el canto de una hoja de papel. Lo tengo todo previsto, entraré como si nada, lo saludaré para que se distraiga, dejaré que me embadurne su espuma; de la bolsa de la bata, que no es visible para él, sacaré la nueva hoja, silbaré las arias de sus óperas consentidas, empezaré por las patillas, suavemente iré bajando hasta la barba, entonaré “Carmen” y cuando se deje llevar por el embrujo lo degollaré con rápido tajo. Espero ser eficaz y que el espejo sea capaz de contener su sangre y su odio, detesto las quejas de los moribundos y ese olor y esa consistencia pegajosa que suele dejar la sangre.

Alejandro Ordóñez

Autor de nueve novelas, tres de ellas históricas; la primera, llamada “Cábulas”, fue editada por la editorial Plaza y Valdés y la más reciente, “Real de San Miguelito Arcángel”, disponible en Amazon.com. Ha obtenido diversos premios de cuento y novela; escribió guiones para el programa televisivo “La hora marcada”. Titular de una columna periodística en la que ha publicado cuentos, crónicas, artículos de opinión, análisis político y cultural, misma que se ha difundido por periódicos y revistas impresas, así como digitales; y editorialista en programas de radio. Actualmente colabora con la revista “Molino de Letras”.

LOS CAMINOS DEL SEÑOR

por Karina Cervantes

“Los caminos del Señor son irrenunciables” se leía en el encabezado del periódico aquel domingo. Qué decía el artículo, no tengo idea, pero estaba en primera plana. En otro momento de mi existencia, en otro lugar, habría interpretado ese título como algo sarcástico o como una noticia sobre un asesino serial con la característica de ser feligrés, católico, fanático, pero esta tierra Señores, es Jalisco, el estado que más apoyó al clero en contra de la Ley Calles en los años 20 y que peleó enardecidamente para impedir la secularización del país. Aquí, el cardenal Posadas Ocampo, antes de ser asesinado, llegó a tener más poder que el presidente Salinas, y aún en su sexenio, los preceptos de la iglesia eran la ley. Y yo, recién llegado de Cuba, tras haber escapado al régimen de Castro y estar cansado hasta los huesos del régimen comunista, caí, sin quererlo, en otra especie de dictadura.

“En México hay oportunidades, pero ahí la ley es la de Cristo o la del monte.” Nunca entendí realmente a qué se refería Efraín cuando dijo esto, pero jamás voy a olvidarlo. Pensé que quizá se refería a que ambos son salvajes, cada uno a su manera, pero en ese momento no le di mucha importancia, estábamos ocupados robando carteras a turistas en La Habana. Hasta ahora, la frase de Efra me ha dado vueltas en la cabeza. No debí haberle creído cuando juró que México era un buen lugar para cubanos con raíces yoruba como nosotros. Nunca logré entender por qué insistió tanto en que viniéramos aquí, pudiendo habernos convertido en fellow Americans (eventualmente, claro).



Al llegar a esta ciudad, comencé a notar cosas extrañas. La primera, que me pareció espeluznante por su parecido con Cuba, fue que había una gran cantidad de carteles hechos a mano y pegados por doquier. Estos duraban poco, pues hordas de jóvenes católicos y monaguillos de distintas iglesias, arrasaban las calles barriendo, recogiendo basura y asegurándose de que ninguna pieza de propaganda perdurara. Los primeros posters que desaparecían decían: “Únete” e iban acompañados de una gran “X”. ¿A qué o a quién había que unirse? No lo sabía, pero me daba mala espina. Lo que sí

comprendí desde mi primera semana en este país, es que sobre todo en Jalisco, y más en Guadalajara, la disidencia no era tolerada y la vía pública por supuesto, no era ningún medio publicitario aceptado para colgar afiches que no comunicaran el amor de Dios misericordioso o convocatorias para asistir a las iglesias y sus grupos. Toda ideología distinta estaba prohibida. Y el castigo por promover ideales disidentes era la cárcel, donde, para quebrar a los rebeldes y evitar a toda costa el financiamiento de una guerra civil, la Santa iglesia católica, apostólica y romana, en estos casos, sí justificaba la tortura y la pena de muerte. La cual, usualmente, consistía en la crucifixión.

¡Viva Cristo Rey! Había sido el grito de guerra en Jalisco desde tiempos de los Cristeros, quienes, con ayuda del gobierno español, en los años veinte, ganaron la guerra conocida popularmente como La Cristiada en contra de Plutarco Elías Calles y su ley de separación entre Iglesia y Estado. Ser cristero o miembro del clero en México, especialmente en la zona del Bajío, implicaba que como fiel feligrés uno tenía ciertos derechos, entre los que destacaba el permiso para asesinar a sangre fría y en caliente a cualquier persona que no comulgara con los ideales de la iglesia, si se contaba con cualquier credencial o testigo que a uno lo avalara como católico intachable. El simple hecho de ser considerado así socialmente permitía jalar un gatillo o lanzar una piedra. El método de asesinato o castigo daba lo mismo. Era una especie de Jihad disfrazada de civilización. Estos “derechos” provenían de tratados “amistosos” entre México y la madre patria, España, donde otro sonsonete imperaba: ¡Viva España, viva el Rey, viva el orden y la Ley! Otro tipo de fascismo en todo su esplendor con Dios Padre como estandarte.

La realidad era avasallante: México, clamaba ser libre y soberano en las cumbres internacionales y ante la ONU, pero estaba completamente subyugado de manera voluntaria a la monarquía española. Con decir, que, en su momento, la Nueva España, obtuvo su independencia con apoyo de su propio conquistador, tras haber firmado acuerdos que aseguraban a México estabilidad económica y la etiqueta de país independiente que debía su soberanía a caudillos nacidos en México. De ahí que el país haya cambiado de nombre, pero esto no fue más que propaganda para convencer a otras naciones latinoamericanas de delegar sus gobiernos y manejo de recursos al regente al otro lado del Atlántico. México era un soldado raso; un peón cuya misión era proteger y hacer ganar a su reina a cualquier costo.

“Los caminos del Señor son irrenunciables. Y por eso nos toca exiliarnos y vivir donde nadie nos encuentre. No se puede renunciar al lugar que a uno le ha tocado por destino, si se decide permanecer ahí.” Fue el primer estatuto que le escuché decir a mi camarada Andrés cuando lo conocí.

Andrés Valdivia, después de haber nacido en el seno de una familia en extremo fanática, por sus propios fueros, eligió no servir a nadie manteniendo esta firme convicción hasta la mañana en que su vida llegó a su final. A lo único que le juró lealtad eterna fue a su condición de hombre libre y racional, y así fue como firmó su sentencia de muerte. Yo tuve el infortunio de encontrarlo dos meses antes del suceso y si hubiera sabido lo que sucedería después de formar una alianza tácita con él, le hubiera huido como a la peste.

El día que lo vi por primera vez, yo caminaba en la plaza buscando un lugar dónde tocar sonos de Cuba, a falta de un trabajo formal. Supongo que, al verme, me reconoció de inmediato, pues llevaba conmigo mi guitarra. Recuerdo que se sentó a oírme cantar, y al cabo de un rato, vació todos los contenidos de su billetera en mi sombrero. Me conmovió porque estaba sucio y envuelto en harapos. Sin embargo, noté que movía los labios al son de mis canciones. Era la única voz en el lugar, además de la mía, que se conocía mis letras.

Al cabo de veinte minutos de cantar juntos, los gendarmes llegaron a callarme y a pedirme muy amablemente, que me fuera al carajo. Salí corriendo asustado, pues no fueran a confundirme con un disidente. Sin que pudiera darme cuenta, Andrés me siguió. Me alcanzó y entre dientes dijo:

-Sígueme.

Lo seguí sin titubear. Sin preguntar absolutamente nada. Anduvimos tres horas y cuarto a través de callejones y senderos que subían el cerro que bordeaba la ciudad. No entendía por qué, pero a cada paso recordaba esa sentencia tan repetida por los jaliscienses: “Los caminos del Señor son irrenunciables” ¿Era este el camino que el destino había elegido para mí? Andrés no habló una sola palabra en todo el trayecto, sólo al llegar, musitó:

--Llegamos.

¿Llegamos? ¿A dónde? Me pregunté. Lo único que veía en medio de los arbustos, era una cueva, pero antes de que yo alcanzara a hacer preguntas, Andrés comenzó a aullar como lobo, y en medio de sus aullidos al crepúsculo, una luz se encendió desde adentro de la cueva. Yo no daba crédito a lo que sucedía. Soy cubano, y desde que tengo uso de razón, he sabido a cabalidad que frente a toda tiranía siempre habrá una resistencia y yo, Herminio Manuel Salas, enemigo jurado de Castro, había cruzado el mar en balsa para dejar de esconderme en las sombras, y apenas hacía minutos, estaba subiendo un cerro con un "hombre lobo" tapatío que no sabía yo qué asuntos tenía en aquel orificio terrestre.

Con reservas, entré siguiendo a Andrés. Su compañero de la linterna revisó mis bolsillos con las manos y decomisó mi guitarra prometiendo devolverla cuando me fuera. La entregué a regañadientes, pues esa guitarra era mi sustento. Sin embargo, con cada paso que daba, me sentía cada vez más alejado de la música y la vida cotidiana. De repente me reconocí a mí mismo en el subsuelo, física y metafóricamente, y ahí, donde el aire se volvía pesado, el olor a guano era insoportable, pero lo que más me alteraba era la certeza de que estábamos entre murciélagos. Mal augurio, según los yorubas.

Ya adentrados en el corazón de la montaña, cruzamos un estrecho escarpado y al alcanzar el otro extremo la cueva se iluminó. Lo que mis ojos vieron era algo que sólo había leído en las novelas de Tolkien. Cientos de personas viviendo bajo tierra sin servicios de tubería, agua, drenaje o luz. Sin embargo, dirigían puestos de venta de comida, ropa o chácharas; compraban cosas con dinero real y hacían trueque. Hasta tenían sus propias leyes. El subsuelo no era como Dostoievski lo describió en sus Apuntes. En el subsuelo había abogados, médicos, matemáticos.

Y la gente leía a autores como Passolini y Oppenheimer. Cosa que claro, en la superficie del altiplano de Jalisco era visto como decodificar un manuscrito antiguo en jeroglíficos sumerios: imposible. Al ver todo eso, sentí que un trueno golpeó mi cabeza. En una fracción de segundo, la frase de Efraín cobró sentido: a esto se refería con elegir entre la Ley de Cristo o la del Monte. ¿Sabría Efraín a qué veníamos y nunca me lo dijo? ¿Volverse rebelde en Guadalajara era su manera de vengarse de Castro y todo el sufrimiento que nacer en una dictadura implicó? Por un momento me sentí tranquilo de haberlo enterrado en esta ciudad, pero lo extrañé más que nunca y una lágrima rodó por mi cara acartonada de tanto sudor. Por primera vez, hice consciencia de cuánto me había afectado su partida y lo cercana que sentía la muerte desde que me dejó. Los dos huimos juntos de nuestro país y sólo yo conseguí llegar a su tierra prometida. De milagro logré llegar, aunque no sin una sensación de levedad constante como acompañante. Sentía como si poco a poco, yo mismo me estuviera desintegrando. A Efraín, mi hermano, se lo tragó el mar y aquí estaba yo, bajo toneladas de tierra, tratando averiguar qué seguía para mí.

Tenía la mirada perdida, fija en el piso, cuando una mujer se interpuso abruptamente entre mis cavilaciones y yo.

- Bienvenue dans la Résistance, mon cher.

La mademoiselle, Élise, era canadiense y estaba ahí como un lazo entre Andrés, sus camaradas y el gobierno de Canadá, quien supuestamente los apoyaría a salir del país en calidad de refugiados para evitar que las huestes diocesanas de la ciudad los mataran a quemarropa mientras desayunaban una torta.

Después de presentarse por nombre, título y puesto en aquella extraña organización, ella y el resto de los disidentes, me dieron la bienvenida y me invitaron a cenar un guisado de venado que alguien cazó el día anterior. Era escasa la comida, pero para mí fue el festín más exquisito que me habían convidado en toda mi miserable existencia. Aquella noche las conversaciones, la

música y el intercambio de conocimientos y vivencias me nutrían, y a ratos me sentía fuerte y poderoso, pero volvía, aunque intermitente, esa sensación oscura de desvanecimiento; en aquel momento, no logré comprender las señales de mi cuerpo, que estaba listo para dejarme. Sin hacer mucho caso, me concentré en estar presente para aprender de aquellas mentes leídas y abiertas. Fue dolorosamente maravilloso por lo poco que duró.

A la mañana siguiente, a Andrés y a mi nos asignaron la tarea de ir a la ciudad a enviar un correo al contacto de apoyo en Canadá, pues la fecha de partida de muchos a este país estaba próxima, entre ellos, de mi nuevo amigo.

Salimos con rumbo al centro de la ciudad. Andrés canturreaba una canción vernácula de tiempos previos a la Cristiada, pero yo no tenía ánimos de hacerle segunda, porque sabía que algo no andaba bien. Me dolía el pecho y sentía la cabeza ligera, como si en cualquier momento alguna fuerza sobrenatural me fuera a controlar con hilos como a una marioneta y mis pies fueran a despegar involuntariamente del suelo. A pesar de que después de haber entrado al subsuelo, era evidente de que tenía todo para sentirme en paz y protegido, en mis sueños de la noche anterior, se apareció Yemayá, la deidad yoruba del cementerio, quien inexplicablemente repetía: “Los caminos del Señor son irrenunciables” y me mostraba el cadáver putrefacto de Efraín, naufragando en la costa de Miami. Nuestra tradición enseña que los sueños no son aspectos del inconsciente a interpretar, sino mensajes de nuestros dioses que jamás deben pasarse por alto. Continuamos bajando el cerro. Andrés con sus canciones y yo alerta. Al llegar al café internet desde donde se enviaría el correo, vimos a una turba enardecida frente a la iglesia. Al parecer, alguien había exhumado siete cadáveres del panteón y había robado algunos huesos. El pueblo reclamaba justicia. Inmediatamente, el crimen fue calificado como un acto de herejía, y en menos de cuarenta minutos,

Guadalajara era una reproducción contemporánea de la Santa Inquisición española, pues el arzobispo buscaba desesperadamente un culpable, y yo, para su suerte, estaba ahí, a una cuadra de la manifestación, siendo lo que soy: mulato. Cubano. Yoruba. Santero. Brujo. Malo. Y estaba en compañía de un hombre que ya había sido fichado por las autoridades desde hacía meses.

En cuestión de minutos, Andrés y yo fuimos apresados y encarcelados sin derecho a fianza. Mi camarada, a diferencia de mí, no opuso resistencia. Yo por más que intenté escapar no lo conseguí, pues para mi sorpresa, me faltaba fuerza, de nuevo la sensación de levedad me acompañaba. Recuerdo que invoqué a Changó, nuestro Orishá del fuego, de los rayos y los truenos. Y aunque violento y justiciero, no atendió a mi llamado. Su imagen cruzada de brazos manifiesta en mi cabeza apropiándose de la frasecilla: “Los caminos del Señor, son irrenunciables”.

En la prisión, nos dieron derecho a una sola llamada. ¿A quién íbamos a llamar, a nuestros camaradas dentro de la cueva? La última vez que chequé, en el subsuelo no existía el cableado para telefonía, y los rebeldes, por protección, evitaban tener teléfonos celulares. Había llegado el momento de aceptar que todo estaba perdido, y aún peor, de enterarme que el castigo por herejía, no era la crucifixión, sino la hoguera.

Andrés parecía estar listo para lo que seguía. Me dio la impresión de que había estado preparándose por años, ya que cargaba consigo una cápsula en gel de arsénico para suicidarse antes de ser torturado, pero yo no contaba con tal aditamento y no estaba preparado para morir tan fácil. Así que decidí utilizar mi llamada para contactar con mi propia tierra prometida de la que Élise me había hablado durante la cena: Amnistía Internacional en Canadá.

Después de varios tonos, mi llamada entró al conmutador. Mientras esperaba que una voz humana contestara, la mirada inquisidora del guardia me ponía más nervioso a cada segundo que pasaba. Al fin, al otro lado de la línea tenía a una mujer, a quien, en un inglés casi inteligible, conté mi historia en tres minutos y en otros dos, le dije dónde me encontraba y la fecha de ejecución, la cual, por ser domingo, se había aplazado para el día siguiente. El guardia de la cárcel al no entender lo que yo estaba diciendo, se sintió amenazado y presionó el botón de colgar antes de tiempo. Para entonces, yo estaba tan lleno de odio que pude haberle roto la cara aún con las manos esposadas, pero no tenía caso, todo estaba perdido. Nada importaba. Efraín murió en el agua y yo estaba destinado a morir en el fuego. Resignado, la sentencia idiota de los hombres del señor se me vino a la cabeza sin invitación: “Los caminos del Señor son irrenunciables”.

Aquella noche no dormí, intenté hacer las paces con los Orishás, con mi corta vida y aunque no lo conseguí, permití que Andrés la hiciera con la suya, pues toda la noche, desde mi celda, lo observé dormir plácidamente.

Al poco rato, como un heraldo del infierno, se asomaron los primeros rayos de luz anunciando un amanecer sangriento. Acto seguido, llegaron los guardias para llevarnos al patíbulo. Para entonces, Andrés ya se había ido. Debió haberse tragado la cápsula antes de pretender irse a dormir. Rogué a mis dioses que en paz descansara mi breve amigo. +

Yo fui llevado a mi hoguera. Fui obligado a subir en ropa interior. No era suficiente con quemarme vivo, tenían que denigrarme, asegurarse de hacerme el alma pedazos.

Los malditos frailes querían que rogara por un fusilamiento, pero yo, en vez de considerar esa posibilidad, me transporté con la imaginación al inicio de mi travesía en el mar con Efraín porque quería dejar este mundo con una imagen de esperanza, y a pesar de que el público furioso me gritó sobrenombres

terribles, me mantuve incólume. Me llamaron “Demonio”, “Nigromante”, Anticristo”. Por mucho que intenté cerrar el telón con dignidad, acabé regalando al pueblo el pan y el circo que exigían. El ardor de las llamas era tan insoportable, que grité hasta quedarme sin voz, sin lágrimas. Mis ojos se derritieron y yo seguía vivo. Hasta que, por fin, después de un rato, mi cuerpo negro quedó sin vida. Yo, Herminio Manuel Salas me había convertido un revoltijo de carne chamuscada y deforme, que despedía un olor a desolación. A infierno. A muerte.

Sin embargo, yo seguía ahí de alguna manera, aunque ahora del otro lado, rondando entre la multitud con esa sensación de levedad en mi cabeza y mis piernas ya inexistentes. Reconociéndome desencarnado, me fue fácil ver a Yemayá, que, aunque etérea, me extendió la mano para llevarme a donde vamos los yorubas al morir. Me negué, pero ella permaneció un rato ahí, mirando con tristeza cómo levantaban mi cadáver y lo tiraban a una fosa como si fuera basura. Soportó el sufrimiento porque estaba esperando a que cambiara de opinión y no lo hice.

Después de un rato me le acerqué.

-¿Por qué lo permitiste?

-Era tu deseo seguir a tu hermano. Es tu destino.

Y esa fue su sentencia, la cual acepté sin si quiera cuestionar.

Desde entonces, sobre los huesos de los muertos, protejo el cementerio donde está enterrado Efraín. No vaya a ser que vuelvan los hombres de Cristo a exhumar el cadáver de mi hermano, que ahora mora en el subsuelo. Y en ocasiones, su espíritu, donde quiera que esté, se conecta con el mío, porque como bien sabemos: “los caminos del Señor son irrenunciables”.

Karina Cervantes

Estudió la Licenciatura en Mercadotecnia sólo para reafirmar que el amor de su vida era la escritura en todas sus formas. En el año 2010, realizó sus primeros cursos en Redacción y Creación Literaria en la SOGEM Guadalajara, su ciudad natal, consagrando su creatividad a la redacción publicitaria.

Sin embargo, no fue hasta el 2018 que se embarcó en la aventura de escribir con rigor bajo la enseñanza y asesoría del doctor en Humanidades por la UAM - Iztapalapa: Jorge Pablo Graue.

En 2021, cursó el Diplomado en Escritura Creativa en la SOGEM Ciudad de México para después estudiar la Maestría en Guion Cinematográfico en la Universidad Centro, donde actualmente está escribiendo su primer largometraje.

TALLER LITERARIO
VIRTUAL

Jorge Milone

informes :

milonejorge@gmail.com

Una nueva experiencia para quien da sus primeros pasos y afianzar a aquellos que ya están avanzando, en los laberintos de la literatura.

Nada es absoluto. La duda es creativa.

Mucho más en los andariveles de la escritura. Todo axioma sólo es aplicable a un individuo y éste tiene una voz única e irrepetible. Mi deber, responsabilidad, como coordinador es ayudarlos a encontrar esa voz.

Darles las herramientas aplicables a sus propias idiosincrasias.

Este taller es de

autoformación

de escritores.



DILUVIO CURIAL

por Jorge Milone

El estruendo de los truenos, bombas que sacuden el departamento. Los vidrios vibran, mucho más que con los coches que pasan aturdiendo con el maldito reggaetón. Me levanté para asegurar las ventanas, la tormenta ya parecía estar encima de nosotros. Por supuesto que mi pie no pudo evitar la mesita ratona. Por supuesto que mis puteadas no se escucharon por los truenos. Un rayo iluminó el living y el padre de todos los truenos explotó de pronto.

Comenzó a llover.

Aunque podía ver por la ventana que no era una lluvia común. Quedé petrificado. Del cielo caían curas. No, no estoy loco. Lo que narro es lo que vi. Lo que todos vieron. Lo que todos pasamos.

Del cielo caían curas. Y todo lo que se pareciera a ellos.

Párrocos, monaguillos, diáconos, arzobispos, monjas, rabinos, ortodoxos, anglicanos, protestantes, brahmanes, monjes budistas, hasta pastores que caían aun pidiendo el diezmo. Hermanados todos en el mismo caer. Como gotas inmensas de un mal jabón, que al golpear contra algo sólido hacían un feo sonido: PLOP y desaparecían.

La gente salía para ver el fenómeno, pero se asustaban algunos y otros se avergonzaban de ser los causantes de las desapariciones, al primer roce con alguno de ellos PLOP y no quedaba nada de la santa gota.

PLOP PLOP

La curiosidad siempre puede más. La estupidez también. Algunos salían con paraguas, muchos con palanganas y baldes para intentar salvar o juntar lo que les parecía una bendición, o algo parecido.

Pero era inútil. PLOP y desaparecían sin dejar ni una sola molécula, ni un solo vestigio de haber existido. Una monja, impulsada por una ligera brisa, chocó contra mi ventana. Llegué a verle una gran sonrisa de dientes podridos, hizo PLOP y nada quedó de lo que vi.

Comenzaron a aparecer peregrinaciones de fieles e infieles. Ya se sabe, siempre hay una oposición a cualquier enunciado, para bien o para mal. Se instalaron puestos de ventas con toldos, bien asegurados. Choripanes, sushi, empanadas, tacos, banderas del Vaticano, de River, de Boca, de Chacarita. Vendedores de biblias, rosarios con lucesitas, cristos de plástico que arrojaban agua, medallitas con las imágenes de la Patrona de Almería reina del mar y Yemayá. Vendedores de piel oscura con relojes, anillos y pulseras. Vendedores de Bolivia con sus fragantes especias. Vendedores de Paraguay ofreciendo chipá caliente. Vendedores argentinos brindando seguros de vida. PLOP PLOP

La lluvia continuaba sin interrupción. Las cámaras de televisión se regocijaban en primeros planos de HD última resolución, incluso en cámara lenta para llevar a cada hogar la noticia del momento. A todo color y sin interrupciones. Los rating subían por las nubes, y desde allí caía la noticia.

Se armaron tinglados cubiertos donde los políticos aprovecharon para hacer campañas apresuradas, dando explicaciones de la nada misma. Acusándose mutuamente del desastre y, en algún caso, atribuyéndoselo como para demostrar que el Apocalipsis era necesario. Había que limpiar de algún modo el desbarajuste social y económico causado por el otro, siempre el otro.

Salieron grupos piqueteros a cortar calles, con los rostros tapados y armados de palos con consignas tales como: BASTA DE PLOP, QUEREMOS PLAP...

Se hicieron acampes de agrupaciones tales como BARRIOS SIN CLOACAS CONTRA EL SERVICIO METEOROLÓGICO y delicias por el estilo.

Un camión de una fábrica de paraguas, en señal de protesta, comenzó a entregar gratis unos diez paraguas a una multitud enardecida de diez mil personas, mientras el PLOP continuaba sin solución.

Ya cerca de la madrugada se armó en tiempo record, un tinglado gigantesco y se anunció la inesperada llegada del Papa. Éste apareció en un tanque de guerra pintado de blanco y amarillo, para darle el consabido toque papal. Un ejército de fanáticos y guardaespaldas se desplegó rodeando el tinglado. Los fieles lloraban de emoción, los infieles puteaban de pasión, los locutores se pateaban los cables de nervios y apresuramiento. Los políticos aullaban por una selfie. Las vedetongas se desvivían por salir en algún noticiero diciendo que habían sido novias de algún futbolista famoso, pero el PLOP PLOP tapaba todos los sucesos mediáticos.

El Papa se instaló frente al micrófono. Le dio un golpecito para probarlo, con su anillo de platino y oro, el sonido rebotó entre la multitud y los llamó a silencio, sólo se escuchaba el PLOP PLOP.

Repentinamente el viento, que ya había comenzado a soplar de forma continuada. Hacía que los curas que caían chocaran en el aire y desaparecieran antes de llegar al suelo. El Papa miró hacia arriba con los azules ojos acuosos. Carraspeó... Y el viento se convirtió en un vendaval. Un torbellino que levantó puestos, tinglados, carpas, paraguas, personas. Un remolino impresionante, un verdadero tornado que se llevó a todos hacia la nada misma. En segundos, quizás unos pocos minutos, nada quedó del dantesco espectáculo. Ni el Papa, claro.

— Jorge, mi amor. Por qué te levantaste.

Susana, mi esposa. Me mira asustada desde la puerta de la habitación.

— Nada, amore. Gracias a Dios, ya no llueve.

Jorge Milone,

Nació en Buenos Aires, Argentina, en 1953.

Es escritor, coordinador de talleres literarios, guionista de radio y televisión, autor de obras de teatro, . Colaborador en revistas "La Manuela", "Cerdos y Peces", "Crisis" y otras; Co-fundador y colaborador permanente en el Proyecto Fusión TI

Co-fundador y director de la revista "Agujero Negro" (Premio Oesterheld) a la mejor revista subte en 1985, y única revista subte argentina en el Salón del Cómic en Barcelona con mención especial en 1986

Guionista e integrante del programa radial: "Desde el Paraíso", Radio Municipal y del programa televisivo: "Tinta Roja",

NAUCALPAN Y LOS PERROS

por Jose Luis Pérez León

Sábado 16 de Agosto de 1986, dos de la mañana y apenas he logrado dormir unos minutos, “con huevos papaaá”, se repite en mi mente, pinche frase que he escuchado tantas veces durante los últimos cinco años, faltan unas horas para jugar la final de la última infantil y es contra “Destroyers”, recuerdo que el año pasado nos ganaron y esta es la última oportunidad de ser campeones en las categorías infantiles del futbol americano, ésta debe de ser la buena. Puta madre creo que he vivido aquí los mejores años de mi vida, conociendo a mucha gente, gente que se ha vuelto mi familia, hermanos, hermanos de sangre, hermanos de sueños, hermanos de historias, hermanos dentro y fuera del campo de juego, el juego de la vida, como le llaman, este juego que me ha dado tantas satisfacciones, tanto aprendizaje, tanto amor, tanto crecimiento, tanto, tanto...

Y pensar que en unas horas debe ser la culminación de una etapa y además de la mejor manera, con el campeonato, solo hay espacio para el primer lugar, del segundo lugar nadie se acuerda, como decía Vince Lombardi, “ganar no es lo más importante, es lo único”.

- Y somos los pinches perros, una bola de cabrones y a donde quiera que vamos en su madre, en su madre les paramos....

Nuestro himno de batalla, así cantábamos antes de ir a un juego y ocasionalmente en nuestra madre, en nuestra madre nos paraban, recuerdo perfectamente el año pasado, el único juego que perdimos fue exactamente contra los Destroyers, cuando veníamos ya de regreso de Huixquilucan, en el camión, todos tristes y cabizbajos por la derrota, a unos chavos que pasaban por ahí se les ocurrió mentarnos la madre, y así calentitos como íbamos, que se baja el coach “lobo”, imagínense chofer de microbús de profesión, ruta Loma Colorada y anexas.

-Súbale súbale hay lugar, recórranse al fondo, no se hagan, todavía caben más, háganse chiquitos, a poco no.

Solo un manotazo en el pecho le dio y lo mando de “nachitas” al piso, afortunadamente el coach “Eli” calmó la situación y sólo quedo en eso. Pero este juego debe ser diferente, ahora sí no hay mañana, este es el bueno.

- A ver cabrones espero que no le hayan jalado el cuello al ganso ayer, ¿Sí se durmieron con los guantes de box puestos como les dije?, vamos a formarnos de seis en fondo para empezar el calentamiento. 1, 2, 3, 4, 5, 6, “perros”. Dice el coach Alejandro.

-Hasta te bañaste pinche “chicarcas”, pareces elefante sin cola, que no te intercepten papaaa. Tú, pinche “Speedy” mira a tu papá ahí viene, él es una persona decente, tú vas a terminar vendiendo jícamas con chile. cabrón. Recuerda agarra el pinche balón como si fuera tu noviaaa, no vayas a fumbleaar por favoor si chaparrito, no la chingueees. Rompe la tensión el coach “naná”.

Ya estamos todos reunidos en el gimnasio listos para salir al campo de juego, a punto está de iniciar, son tan solo cuatro cuartos de 12 minutos cada uno, en eso se resumen todos los días de entrenamiento, todos los golpes, todo el esfuerzo, todos los sacrificios para ir diario a las seis de la mañana y a las cuatro de la tarde a entrenar, no importaba si llovía, si hacía frío, si hacía calor, si te sentías cansado o adolorido, si querías ver los juegos de futbol del mundial, del mundial aquí en casa, del mundial México 86, al fin y al cabo panbol; o tu comedia favorita, no importaba nada, es aquí y ahora, es la culminación de todo ese esfuerzo y hay que hacerlo, hay que ganar. Nadie se acuerda del segundo lugar.

-“A esta vida se viene a comer mucho, coger fuerte y enseñarle los huevos a la muerte” a ganar cabrones vamos con todo 1, 2, 3 peeeerros...

- A ver tu pinche cara de hacha como avión cohete quiero que salgas a cubrir la patada de salida, como pinche avión cohete papaaaá.

-Y todos ustedes salgan a cubrir el balón como pinches apaches marihuanos, como pinches apaches marihuanos cabrones.

Frases célebres del coach Tuco.

Fue una tarde espectacular, el césped del campo completamente verde, recién cortado, el clima inmejorable temperatura 21 grados, viento ligero, parcialmente nublado y una cohesión, un compañerismo que nunca se había presentado en el equipo ahora sí éramos un equipo, un grupo, una familia, éramos hermanos desde ese día, y aunque creo que en ese momento no lo sabíamos, sería por toda la vida.

Último cuarto, pausa de los dos minutos, el marcador Perros Negros 18, Destroyers12, se escucha la campana, como la del camión de la basura, a todo lo que da, es la señora. Conchita, los tambores, los gritos “a parar defensa”, “es la última para ser campeones”, “aunque mañana no vengan”, el apoyo de todos los papás que nunca dejaron de estar ahí, aun cuando no ganábamos ni un juego en toda la temporada, todo el cónclave de los hermanos Verduzco gritándose unos a otros, tratando de ponerse de acuerdo con la estrategia a seguir para detener a los Destroyers que están en la yarda 25 de nuestro campo, amenazando con anotar y darle la vuelta al partido, se vive toda la tensión, la adrenalina a tope y las ganas de que ya se acabe el tiempo para por fin ser campeones.

- Manda la 50-2 perros, no seas pendejo. Le dice Gustavo a Alejandro, entre gritos y jalones

-Vas adentro papá entra de gar central a presionar al centro.

- Pero nunca he estado en esa posición....

- Me vale madres, entra y rompe la jugada. Si no quieres un deporte de contacto, mejor vete al Balalaika cabrón, esto es de madrazos.

-

Abuelo, abuelo voy de gar central ¿Dónde me coloco?
-No sé, no me importa, me vale madres ponte enfrente del balón.

Contestó el abuelo, el capitán de la defensa, un chavo bien educado, tranquilo, centrado, que empezó a jugar a los 4 años, todo corazón y entrega y nunca había logrado ser campeón.

Tres jugadas después se terminó el juego, finalmente después de tantos años se había logrado el objetivo, ser Campeones.

El sol ya se empieza a ocultar, se enciende el alumbrado del campo, todas las tribunas se encuentran llenas, hay niños de todas las categorías de infantil, también se dieron cita muchos, si no es que todos, los entrenadores que hemos tenido a lo largo de estos años, toda una época está por concluir y de la mejor manera posible siendo los números uno, como siempre ha sido la idea, como es la filosofía de este deporte siendo los mejores, en el sonido local se escucha “we are the champions” de Queen, formamos la última fila para despedirnos deportivamente del equipo contrario para posteriormente reunirnos todos juntos frente a nuestra tribuna, frente a nuestra gente, frente a nuestros padres, frente a nuestros amigos, frente a toda esta gran familia que hemos conformado para gritar y entonar nuestra porra junto con ellos.

“carambola taco y pull, carambola, taco y pull arriba, arriba Naucalpan High School” “una, dos, tres perroooooos”



José Luis Pérez León.

1970. Nació en la Ciudad de México, otrora Distrito Federal, en 1993 se graduó de Ingeniero Arquitecto en el Instituto Politécnico Nacional, estudió un posgrado de costos en la construcción en la Universidad Nacional Autónoma de México, de letras nada y de escribir tampoco. Le gusta mucho leer novela y narrativa de escritores latinoamericanos como: Laura Restrepo, Andrés Neuman, Eduardo Sacheri, Guillermo Arriaga, Xavier Velasco, y muchos más. Fue leyendo el libro de Xavier Velasco “El último en morir” y gracias a los momentos de ocio, fruto de la cuarentena y el aislamiento, que se animó a comenzar a escribir, más por hacer algo con el tiempo libre que por creerse un escritor.

TACHES Y TACHONES

Estamos invitando a cuentistas, poetas, reseñistas, ensayistas, músicos, pintores, escultores, fotógrafos y anexos de la comunidad internacional, para que se incorporen a este esfuerzo, en el entendido de que conservarán sus derechos de autor y de que todas sus colaboraciones aparecerán con su nombre.

Si te interesa por favor ponte en contacto con nosotros o envíanos tus trabajos a la dirección tachesytachones@gmail.com donde con mucho gusto y respeto serán revisados por el comité editorial y de ser aprobados se publicarán en número subsecuentes.

Muchas gracias anticipadas por la atención que nos brindas.

H A B L E M O S D E L I B R O S

La hondonada. **Jhumpa Lahiri.**

Por Marilú Ricalde

“Ellos no se atreven a contarte que he hecho. Por eso te lo cuento yo.”

El joven muchacho recibe esta misiva. En una breve carta se adelantan los hechos que marcaron su vida.

La hondonada es un relato del amor e intimidad que surge entre dos hermanos indios del sur de Calcuta. Desde su nacimiento marcaron diferencias, Sudhash es un hijo obediente; Udayan en cambio, es foco de reprimendas frecuentes por parte de sus padres.

Jhumpa Lahiri nos interna en la complejidad que se teje en la relación filial y nos invita a reflexionar en cómo a pesar de tener los mismos orígenes, el mismo hogar y los mismos padres las reacciones de cada uno son tan disímboles.

A Udayan lo mueven sus ideologías políticas y su anhelo de justicia; Sudhash prefiere mantenerse al margen. Udayan toma sus propias decisiones mientras Sudhash se rige por las tradiciones.

La fuerza medular del relato es ese amor y sus consecuencias. La prosa asertiva con voces muy identificadas logran crear lazos empáticos entre el lector y los personajes, y surgen dudas hacia las decisiones y cuestionamientos al comportamiento de cada uno de ellos.

Jhumpa Lahiri no pierde la oportunidad de comparar la vida en la India con las oportunidades que se ofrecen en América. No es accidental que Sudhash curse sus estudios universitarios en Rhode Island para completarlos en la Universidad de Boston. Ambos centros han formado parte de la vida de la autora como estudiante y empleador.

La hondonada no es ni una novela romántica ni una dulce novela. En realidad es el retrato de una vida real como cualquiera. Una familia con dos hijos que se quieren, donde los acontecimientos marcaran el carácter de cada uno de los miembros y verán comprometidos los hilos de su existencia por eventos externos que no estarán bajo su control. Nos recuerda que nada está escrito, que los caminos de la vida tienen muchas bifurcaciones y que los finales nunca serán adivinados.

NARRATIVA

La hondonada

Jhumpa Lahiri



Jhumpa Lahiri es una escritora indobritánica estadounidense (Londres 1967). Hija de padres bengalíes creció en Rhode Island (Estados Unidos) a donde se trasladó su familia cuando ella apenas contaba con dos años de edad. Sus estudios en lengua inglesa y literatura los cursó en la Universidad de Boston. Su primer libro, una colección de cuentos, ganó el Premio Pulitzer y con el tiempo su trabajo ha sido galardonado con varios reconocimientos, el más reciente es el Premio Internacional Viarregio-Versilia (2015). Su primera novela El buen nombre fue llevada al cine por Mira Nair. En 2013 se publica La hondonada.

Marilú Ricalde Es una amante de las letras. Nacida en CDMX curso la licenciatura en Contaduría Pública para darse cuenta más tarde que su verdadera profesión son las letras. Estudió en Casa Lamn y hoy sigue estudiando el oficio de escribir en varios talleres.

CELULOIDE EN LLAMAS

Alteración de la perspectiva

por Italo Ruas

Esculcar en lo más profundo de nuestro ser nos permite encontrar desfiguraciones que muestran nuestros verdaderos rostros durante la transformación que sufrimos en cada etapa de nuestras vidas. En el cine pocos autores buscan descubrir la deformación del ser humano a lo largo de una vida y se prefiere mostrar sólo la superficie de la grandeza de nuestra especie.

Uno de estos autores que rebuscan en las zonas tenebrosas de nuestra existencia es David Cronenberg, quien ha logrado captar en su cinematografía la similitud que existe de nuestra especie con los insectos; por supuesto, esta propuesta no le pertenece a él directamente pero la ha podido explotar en toda su filmografía. Sólo hay que mencionar "La Mosca" de 1986, remake de una película con el mismo título de 1958 dirigida por Kurt Neumann (1908-1958). En la obra de Cronenberg notamos su necesidad por explorar con fantásticos efectos especiales, tanto en el maquillaje como en los animatrónicos, el enfrentamiento al espejo de nuestros cambios físicos, morales, psicológicos, etc., que se desarrollan hacia una quimera repleta de complejos y prejuicios. Por supuesto, estas obras del horror sólo se convierten en las plataformas para ilustrar las similitudes con el microcosmos; hay que mencionar "Almuerzo al desnudo" de 1991, una adaptación de David Cronenberg del libro escrito

por el polémico William S. Burroughs (1914-1997), un acercamiento a todo tipo de adaptación humana para sobrevivir entre las drogas, las conspiraciones y la identidad de género, un cóctel digno de ser explorado por el cine. Es fascinante cómo la obra nos envuelve en la metamorfosis del pensamiento humano en viajes psicotrópicos, y esto, en las manos de una mente curiosa como la de Cronenberg, nos perturba e incomoda continuamente, sólo hay que mencionar la transformación que sufren las máquinas de escribir convirtiéndolas en escarabajos, que requieren ser erotizados para funcionar, una de las propuestas más atrevidas. Otra de sus manifestaciones para violentar y llevar al límite al espectador lo podemos ver en "Existenz" de 1999, donde el mundo prefiere vivir vinculado en realidades virtuales y todo se logra a través de consolas orgánicas que nos erotizan. Son con todas estas temáticas, que David Cronenberg logra cautivar al público al exponerlo ante todo lo que deseamos ocultar en nuestros comportamientos, deseos y verdaderas intenciones.

En el 2021 durante la entrega de los premios en Cannes, el director Spike Lee, le dio la palma de Oro a Julia Ducournau por la película "Titane" (2021); esta directora ya en otras ocasiones había logrado perturbar al Festival, primero con su cortometraje Junior (2011), el cual nos muestra la alteración que vive el cuerpo de una niña para alcanzar la pubertad, pero con un toque kafkiano, ya que

en algunas tomas dentro del baño podemos ver a la piel abrirse para que al salir de la pupa, que es nuestra apariencia física, aparezca una joven atractiva. En el 2016 nos presenta “Crudo”, obra que presenta a una joven que se alimenta de sus compañeros universitarios al querer convertirse en veterinaria, un cine que provoca repudio y asco en el público y a su vez nos muestra lo insaciables que llegamos a ser durante nuestra juventud. En estas dos obras, el personaje principal se llama Julia y en “Titane” hay un personaje secundario que tiene este nombre, interpretadas todas por Garance Marillier.

En “Titane” al igual que en sus obras anteriores observamos que al inicio, busca vincularnos con la intimidad del personaje, haciendo tomas cercanas del cuerpo o de elementos que se relacionan con el sujeto. En este film los primeros elementos a observar son el motor del auto, para luego ir encontrando la relación tan íntima que vive Alexia, interpretada por Agathe Rousselle, con estas máquinas de cuatro ruedas. En un plano secuencia planteado en el minuto cinco del film, seguimos al personaje para que nos introduzca en su mundo erotizando a un Cadillac, que tiene llamas tatuadas en su carrocería. Este elemento se conecta con un montaje tonal a unas regaderas uniendo a los personajes con estos elementos. Durante varias etapas de la película el fuego y el agua serán las fuerzas de la naturaleza las que se enlacen a la metamorfosis de los personajes.

La búsqueda de Julia Ducournau por demostrar que el ser humano está repleto de transmutaciones, hace que la obra se torne agresiva y diferente ante los ojos del espectador; esto lo podemos observar dentro de las composiciones y montajes escénicos en los que quiere representar las necesidades y motivaciones del protagonista. Cuando ella es acosada por un hombre, inmediatamente la colocamos como la víctima de un agresor sexual; este tipo de cambios de paradigma harán que nos sintamos incómodos y nos sorprendan constantemente las situaciones puestas en escena. Los manejos de tonos rosados o rojizos en los espacios hacen que el espectador intuya las emociones de contención que tienen los personajes.

Uno de los elementos que confrontan al público, es la sensación continua de pérdida. La falta de sentido de vida que envuelve a los sujetos, promovidos por la carencia en los afectos familiares, ilustran la indiferencia tan común dentro de nuestros grupos humanos. La desaparición de tantos infantes en la película, subraya un egoísmo arraigado en los adultos, apartándose de sus responsabilidades, para sólo concentrarse en sus oficios, placeres y necesidades personales. Son estos conceptos los que marcan las transfiguraciones que vivimos en nuestros procesos de maduración; Alexia, inmediatamente al salir del hospital en el inicio de la película, prefiere abrazar al auto que a su familia, y esto se debe a que el objeto la protegió mejor que su propio padre. Bajo esta línea es que la directora logra construir una realidad, donde el vínculo afectivo es mayor con las máquinas móviles de cuatro ruedas que con otro humano. Al principio de la obra, mientras Alexia toma una ducha, le hacen el llamado al despertar sexual y se expone esta situación de liberación y deseo, en una toma abierta donde el Cadillac se encuentra en el fondo y nuestra protagonista se dirige desnuda hacia el carro. Estas exposiciones de conexión entre la mujer y la máquina, empujan a la narrativa a una nueva realidad híbrida, sin una claridad de género, abre el abanico a todas las posibilidades. Para la mitad de la puesta en escena, el personaje principal tendrá que crear una nueva identidad encontrando en el camino a Vincent, protagonizado por Vincent Lindon, que se convertirá en el padre que ella nunca logró perdonar y con él establece una simbiosis para engendrar un nuevo ser.

Nuestra necesidad por mimetizarnos en las realidades y percepciones de cualquier ser vivo, en la búsqueda de adaptación y supervivencia como especie, nos enfrenta a la idea de representarnos como una quimera y elaborar una confrontación directa de nuestro comportamiento errático, en esta posmodernidad.

KAZAK PRODUCTIONS PRESENT

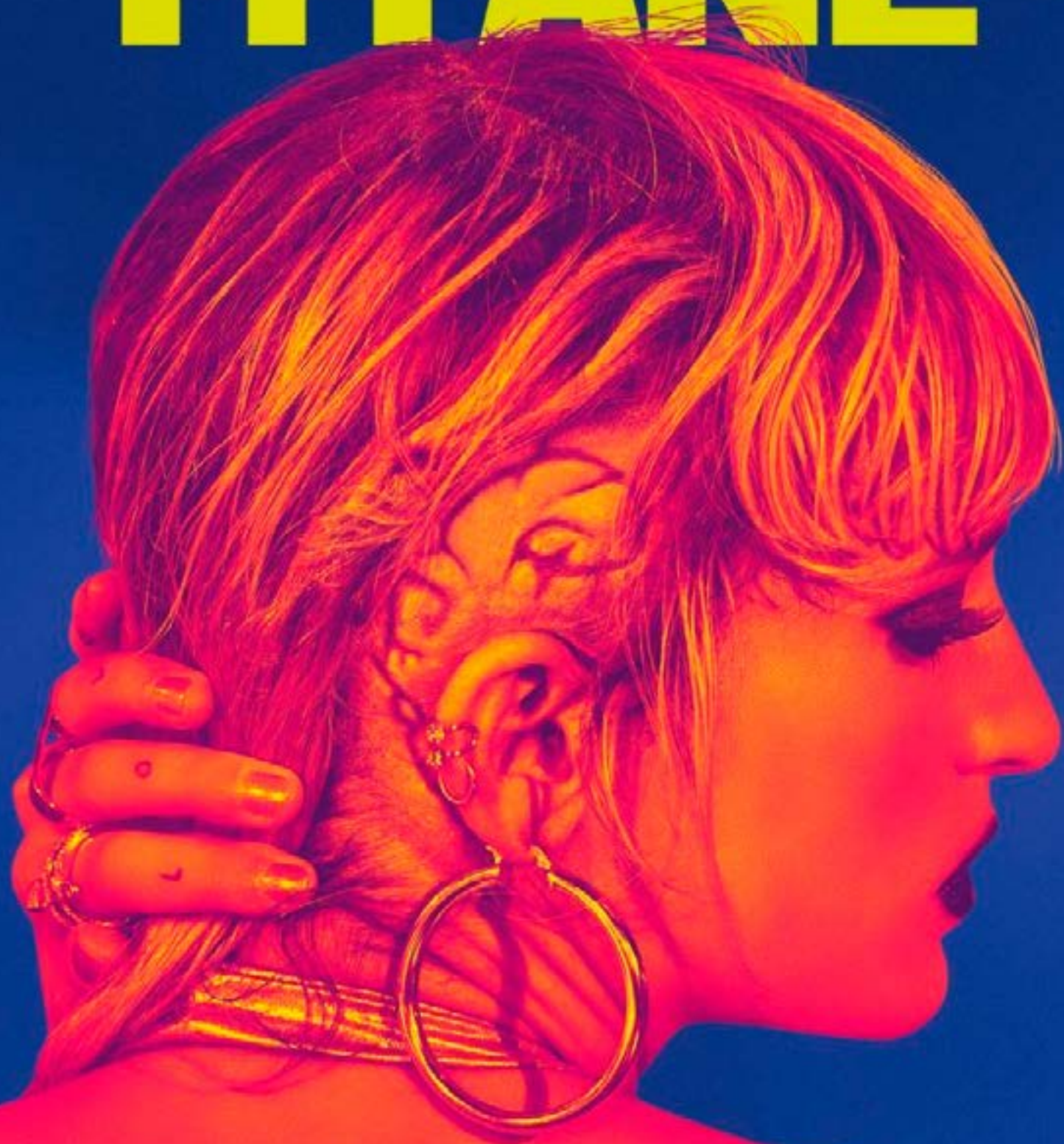
VINCENT
LINDON



FESTIVAL DE CANNES
COMPÉTITION
SÉLECTION OFFICIELLE 2021

AGATHE
ROUSSELLE


TITANE



UN FILM DE JULIA DUCOURNAU

GARANGE MARILLIER LAIS SALAMEH

LAIS SALAMEH est née le 12 septembre 1985 à Beyrouth, au Liban. Elle a étudié à l'École nationale supérieure des arts décoratifs de Paris et a travaillé pour les bureaux de mode de Louis Vuitton et Dior. Elle a été la première femme libanaise à être élue Miss Liban en 2011. Elle a ensuite travaillé pour la chaîne de télévision libanaise et a été la présentatrice de l'émission "L'été des stars" en 2013. Elle a également travaillé pour la chaîne de télévision française TF1 et a été la présentatrice de l'émission "Le grand journal" en 2014. Elle a été nommée Miss Liban en 2015 et a représenté le Liban au concours Miss World 2015 à Londres. Elle a ensuite travaillé pour la chaîne de télévision libanaise et a été la présentatrice de l'émission "Le grand journal" en 2016. Elle a été nommée Miss Liban en 2017 et a représenté le Liban au concours Miss World 2017 à Londres. Elle a ensuite travaillé pour la chaîne de télévision libanaise et a été la présentatrice de l'émission "Le grand journal" en 2018. Elle a été nommée Miss Liban en 2019 et a représenté le Liban au concours Miss World 2019 à Londres. Elle a ensuite travaillé pour la chaîne de télévision libanaise et a été la présentatrice de l'émission "Le grand journal" en 2020. Elle a été nommée Miss Liban en 2021 et a représenté le Liban au concours Miss World 2021 à Londres. Elle a ensuite travaillé pour la chaîne de télévision libanaise et a été la présentatrice de l'émission "Le grand journal" en 2022. Elle a été nommée Miss Liban en 2023 et a représenté le Liban au concours Miss World 2023 à Londres. Elle a ensuite travaillé pour la chaîne de télévision libanaise et a été la présentatrice de l'émission "Le grand journal" en 2024.



Ítalo Mario Ruas Arias.
Director cinematográfico.

Dentro de sus múltiples actividades realizadas en el mundo de la cinematografía destacan:

Desde el año 2020 coproductor del proyecto “Telemática cultural”, para la difusión de la cultura, en México y países de habla hispana, cada semana transmiten conferencias virtuales sobre cuestiones de humanidades. De 2017 a 2020 implementó y dirigió un espacio cinematográfico y con alianza de la Cineteca Nacional y otras distribuidoras, realizó la curaduría cinematográfica de más de 200 películas, incluyendo el estreno de la película Roma y los cortometrajes del Festival de cine de Morelia.

Su cortometraje “Papalotl” participó en varios festivales de cine y fue selección nacional en Rusia por Green Vision XII International Environmental Film Festival 2017, dicho cortometraje obtuvo diversos galardones y mereció elogios en festivales de Portugal, México y España.

Desde hace catorce años es docente de distintas prestigiosas universidades, como la Universidad Anáhuac y otras. Durante varios años fue director de comunicaciones en el Centro Universitario CUIH, y para la casa productora Punto de Idea realizó diversas actividades como fotógrafo, camarógrafo, asistente de producción, y otros, para la producción de diversos videos.

Desde el 2005 es director de cine independiente y ha elaborado diversos videos comerciales y cortometrajes, entre los que destacan: Juego de rol, de Kieven Herrasti; El Payaso y Lindé, ambos de Mariana Gómez y ha asesorado diversos proyectos estudiantiles de cine en la Universidad Iberoamericana.

Finalmente es de mencionar que desde 2007 imparte cursos de apreciación cinematográfica, en los que se entablan diálogos con el público, que abarca la historia, estética, técnica y los discursos filosóficos de obras cinematográficas, así como el reconocimiento de los directores y su trascendencia en el medio.

NOTAS DESDE EL ATRIL

La partitura y yo

por Arturo Nieto Dorantes

Cuando estaba chico, mi papá me habló de una novela de ciencia ficción llamada El retorno de los brujos de Louis Pawels. En esa novela, una civilización del futuro encuentra una lista de supermercado escrita en el dorso de un instructivo de un radio de transistores. Los arqueólogos que interpretan el diagrama del radio como un ídolo y lo agrandan para colocarlo en un convento en donde le rinden tributo. Una situación parecida sucede al músico cuando se encuentra frente a una partitura. De alguna manera, nos encontramos frente a un papel que nos refleja las ideas y los sentimientos del compositor tal y como nos los quiso dejar. Sin embargo, y como la realidad es un caleidoscopio que cambia de forma según le damos vuelta, hay también muchas situaciones que pueden incluso resultar ingratas al momento de interpretar una obra.

Una de las razones es la Historia. Antes de que Franz Liszt inventara el recital de un solo artista que tocaba obras del pasado -llamados Conciertos históricos-, sólo se tocaban obras actuales y la improvisación era parte del recital. En los programas de Nepomuk Hummel se lee que, al final de la velada, el maestro realizaría improvisaciones sobre temas proporcionados por el público. Chopin también era un gran improvisador y se dice que sus improvisaciones eran mucho más atrevidas que lo que dejó escrito.

El ejemplo del Poeta del piano es notable. Él nunca tocaba sus piezas dos veces de la misma manera. Siempre tenía tendencia a agregarle adornos, pasajes y todo tipo de agregados a sus ejecuciones. Los críticos decían frecuentemente que su forma de tocar daba la impresión de que siempre estaba improvisando en el escenario.

Hasta la era de la grabación, el autor de la pieza tenía por un hecho que el intérprete iba a realizar modificaciones a su obra. Los intérpretes tomaban frecuentemente esa libertad hasta llevarla demasiado lejos. Es una de las razones que impulsaron a Bach y a Mozart a escribir ellos mismos sus propios adornos. En alguna ocasión, Rossini escuchaba un aria suya cantada por una cantante que se daba gusto haciendo todo tipo de improvisaciones y agregados a la pieza. Al final, el maestro le espetó a la cantante: “qué bonito está eso, madame, ¿quién es el autor?”

En este sentido, otra anécdota tiene que ver con Liszt y Chopin y va en sentido contrario a lo que se ve en la película A Song to Remember de 1945. En la película se ve que Liszt toca en una velada y que para esto el húngaro pide que se apaguen las luces. Ante la sorpresa de todos, al regresar las luces se ve que es Chopin quien está al piano.

En la realidad, en una de esas veladas, Liszt se puso a improvisar imitando a Chopin. A este no pareció agradarle la manera en que el coloso del piano emulaba su estilo y le dijo “amigo mío, no toques así o por favor, toca otra cosa”. En una velada, algún tiempo después, Chopin pidió apagar las velas de los candelabros y al volver la claridad se vio que era Liszt el que tocaba y no el polaco. Éste quedó tan contento con su imitación que lo colmó de elogios. Sin embargo, Liszt, a quien le gustaba demostrar su importancia, escribió después “Liszt sí puede imitar a Chopin, pero Chopin no puede imitar a Liszt”.

Por otro lado, los mismos compositores que tanto gustaban de improvisar y dar vuelo a su imaginación eran paradójicamente muy perfeccionistas e indecisos al presentar una obra para publicación. Los manuscritos de Beethoven estaban llenos de tachones y eran tan incomprensibles que, en algunos casos, él mismo escribe una anotación al pie de la página para que el copista entendiera lo que él realmente quería decir. A Chopin también le costaba trabajo dejar su última palabra. Quizás por esta razón no terminó de escribir su método para piano. Por otro lado, este perfeccionismo exacerbado se ve en las obras que publicaba. Del manuscrito, él publicaba en Inglaterra, Francia y Alemania simultáneamente. Lo extraño es que frecuentemente había diferencias entre las tres primeras versiones aprobadas por el compositor, como si él mismo cambiara de opinión según las iba dando a los editores. También hay que considerar tanto los adornos, digitaciones y anotaciones sugeridos por él a sus alumnos durante sus clases, los cuales son finalmente tan auténticos como el manuscrito. Si a esto le añadimos las revisiones, segundas ediciones, las ediciones de los alumnos, las ediciones críticas y las de grandes maestros que dan sus sugerencias así como los errores de los copistas y los caprichos frecuentemente inopinados de los editores, llegamos fácilmente a 70 ediciones de Chopin con qué confundirnos a gusto.

Por todas estas razones, el uso de la partitura como palabra final puede caer en lo arqueológico si no se considera el contexto completo. Recuerdo que uno de mis maestros György Sebök nos contaba que tuvo entre el público de una de sus clases magistrales nada menos que al gran compositor americano Aaron Copland, como coincidencia, una alumna tocaba la Sonata para piano de este compositor por los que mi maestro invitó a Copland a participar en la clase. En un pasaje, Copland indicó que lo que hacía la alumna no era correcto, a lo que ella respondió “pero si así está escrito” a lo que Copland replicó “sí, pero no es eso lo que quería decir”.

Y llegamos a la pregunta fatal: y yo, ¿cómo encuentro mi camino en todo eso? Es un dilema que se presenta al intérprete de música de concierto a cada vez que trabajamos una obra. Tanto es así que las decisiones se pueden encontrar entre las visiones más escolásticas (todo se encuentra en la partitura) hasta las más osadas (hago todo diferente a la partitura).

En el primer sentido, ha habido grandes músicos que se han cuestionado sobre cómo se tocaban las piezas en las épocas de los compositores y con qué instrumentos. Estas emulaciones van desde tocar instrumentos de la época con cuerdas de tripa y arcos de una manufactura diferente así como cornos naturales (o sea sin pistones). También la afinación es otro tema. Nuestro la (440 Hz) llega a ser hasta medio tono más alto que el que se piensa que se tocaba en época de Bach.

Esta voluntad de recrear las ejecuciones musicales se complica aún más cuando tocamos Scarlatti o Bach al piano. Estos dos compositores solo conocieron los primeros balbuceos del pianoforte y prefirieron seguir componiendo para clavecín o clavicordio, los cuales no tienen ni dinámicas ni pedales. Entonces, ¿debemos tocar Scarlatti y Bach con o sin pedal? ¿Cómo hacemos los matices? Los intérpretes suelen llegar a sus propias decisiones y acaban tocando a su manera tratando de respetar el estilo del compositor lo más posible.

De esta manera, no tratan de imitar exactamente el resultado al clavecín ya que, al fin y al cabo es un instrumento completamente diferente. Y esta problemática se presenta también de Mozart hasta Brahms, quienes tenían instrumentos más o menos distintos.

Llegamos a la conclusión que la partitura es solo una guía y la verdadera música está entre las notas y escondida entre las indicaciones. ¿Se acuerdan de las imágenes en 3D en que se distinguían las formas al desafocar la vista? De alguna manera hay una relación parecida en cómo se debe entender una partitura.

La música escrita nos dice mucho sobre el compositor, desde el idioma que hablaba, el tipo de ropa que vestía, sobre su personalidad y hasta qué tipo de comida le gustaba. Como ejemplo está Rossini escribió sus Cuatro entremeses cuyos títulos son “Anchoas”, “Rábanos”, “Pepinillos” y “Mantequilla”. La enorme personalidad de Liszt y su lado místico se perciben en todas sus piezas. La paradoja de la frivolidad y sentimiento de culpabilidad se sienten a lo largo de la obra de Poulenc. Estos son elementos que nos ayudan a invocar el carácter y nos ayudan a imaginar lo que se quedó en el tintero por parte del compositor.

También está la manera en que ellos concebían el instrumento al improvisar. A veces, este elemento es un poco confuso. Es cierto que las enormes de Rachmaninov, las cuales eran calificadas como racimos de bananas sobre el teclado por sus espectadores, pueden hacernos imaginar que todo es enorme. Sin embargo, hay pasajes de mucha agilidad y filigrana en su música. Por su parte, Debussy es un compositor muy práctico. Habiéndose peleado con el lado académico de la técnica para piano, él trata de romper el molde y busca efectos sonoros. Él realiza esto con su manera de poner las manos en el teclado la cual es práctica y sin complicaciones, como una improvisación sin límites. En el caso de Liszt, se trata de lograr un efecto orquestal, un virtuosismo espectacular extremo y la innovación del lenguaje armónico.

La mayoría de los compositores que pasaron a la historia no hicieron sus obras con la motivación expresa de hacer sufrir a los intérpretes. Muchos de los que sí buscaron eso pasaron mayoritariamente al olvido. Como muestrario de esto, tenemos el Hexamerón. En esta obra, varios pianistas a la moda compusieron una variación sobre un tema de Bellini por invitación de Liszt. Entre ellos está el rival principal de Liszt, Sigismund

Thalberg, Chopin, Czerny y otros menos conocidos en la actualidad como Pixis o Herz. En esa demostración de testosterona pianística pura es notable cuales son los compositores que pensaban principalmente en técnica y no en un concepto musical específico. Y es probablemente eso lo que contribuyó a que no se les recuerde como referencias hoy en día.

Para concluir, nuestro intérprete necesitará imaginarse ser el compositor que improvisa una obra y la ejecuta antes de ponerla en un pentagrama dividido en líneas de compás. Personalmente, me imagino que los límites de este sistema de escritura fueron frustrantes para más de uno de esos autores. Y como la mayoría de esos grandes compositores ya no están con nosotros, tenemos que imaginarnos ser ellos mismos y tocar la obra como si la estuviéramos improvisando por la primera vez. Al ser música en evolución, tenemos derecho a contribuir con aportaciones a la obra. De esta manera, si tuviéramos al compositor junto a nosotros, quizás nos haría un guiño y nos diría “mira, esa es una buena idea, no se me había ocurrido”. Y siempre teniendo en mente que Daniel Barenboim dijo en alguna ocasión en este sentido “no hay que hablar mal de los muertos”, al fin de cuentas, somos nosotros los que interpretamos su obra y la mantenemos viva para seguirla poniendo todos los días sobre nuestro atril.



Arturo Nieto Dorantes

Es un brillante artista que subyuga al público con su brío, destreza y madurez a través de su fascinante sonoridad al piano. Es el primer pianista en interpretar la obra integral de Manuel M. Ponce al exterior de México. Es también uno de los pocos pianistas a interpretar Iberia de Albéniz en versión integral que acaba de grabar para Urtext Digital Classics. La prensa ha escrito de él: «un maestro del sonido orquestal para piano» (Kurt Rutz, Die Rorschacher Zeitung, Suiza), «una tormenta de fuego latinoamericana» (Marian Hartmann, Die Hagener Zeitung, Alemania) y «técnica impecable y manos prodigiosas» (Kurt Hermann Wilhelm, Claridades, México). Desde su debut con orquesta a la edad de 14 años, ha sido solista invitado de las principales agrupaciones de México como la Orquesta Filarmónica de la Ciudad de México, la Orquesta Sinfónica Nacional de México así como de la Orquesta Sinfónica de San Antonio, Texas, de la Orquesta Sinfónica de Quebec y de la Orquesta de Cámara Charlemagne en Bruselas. También ha colaborado con el Cuarteto Latinoamericano y el Quatuor Arthur-Leblanc de Canadá.

Desde 2002 es profesor catedrático en la Facultad de música de la Universidad Laval en Quebec, Canadá donde también es director de los programas de maestría y doctorado en interpretación.

SI TIENE ALGÚN TEMA SOBRE INTERPRETACIÓN MUSICAL DEL QUE QUISIERA QUE ESCRIBIERA, FAVOR DE ESCRIBIR A:

nietopianista@gmail.com

JORGE PERAL

por Nora Sandoval Granillo

El espíritu libre, intenso y lleno de pasión de Jorge Peral Hamed quedó de manifiesto cuando tenía 14 años. A esa edad, cuando muchos adolescentes están más preocupados por divertirse, el joven alumno de secundaria acompañaba a su padre —Jorge Peral Aragón— al estudio de publicidad que éste tenía en la Ciudad de México. Ahí, usando técnicas aprendidas de su progenitor como la acuarela el óleo, témpera y lápiz, dejaba libres su imaginación y su creatividad para realizar sus primeros trabajos artísticos.

La vida de Jorge Peral ha sido una búsqueda-encuentro interminable con el grabado, el diseño, la fotografía, la pintura y otras manifestaciones artísticas. Jorge ve y entiende el mundo a través del arte, es su forma de afrontarlo todo, pero sobre todo representa un juego creativo y un ejercicio de libertad.

Resumir la trayectoria de este mexicano en tan poco espacio es una tarea injusta y hacerlo sin omitir detalles parece difícil. De todos sus logros, de sus experiencias y de sus conocimientos, se infiere una vida plena, un trabajo profesional brillante y, sobre todo, un ser humano inconforme y siempre inquieto.

Jorge Peral Hamed es una de las 50 personas que más han influido en las artes gráficas internacionalmente y aparece entre las siete más especializadas, según la revista PrintAction. En 2001 fue nombrado por la Cumbre de las Américas como uno de los 10 latinoamericanos que, con su trabajo, ha contribuido más al reforzamiento de la identidad nacional de Canadá, país en el que labora y vive desde 1995.



Para este hombre sencillo, sensible e inteligente, el reconocimiento público no es prioritario. Sus preocupaciones fundamentales están en la búsqueda de nuevas expresiones artísticas, en la exploración de caminos que no ha recorrido y en seguir disfrutando lo que hace. Este mexicano que brilla en el extranjero es, sin duda, un hombre afortunado: trabaja en lo que ha sido su pasión desde siempre.

Si bien el encuentro entre Jorge y el arte ocurrió cuando era adolescente, este mexiquense —nació en Texcoco el 27 de agosto de 1955— siempre tuvo muy claro que la formación académica era necesaria. Por ello, estudió la Licenciatura en Comunicación Gráfica en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Pero para Jorge eso no era suficiente. Había que estudiar más, tocar otras puertas. Una de ellas —que con los años sería definitiva para el rumbo que tomó su vida personal y laboral— se abrió en Italia, donde, becado por el Banco de México en 1978, hizo la especialidad en grabado a buril, bajo la tutela del prestigiado profesor Trento Cionini, de la Banca de Italia. De ese país, Jorge emigró a Suiza, donde cursó estudios en la misma área, así como en seguridad, impresión y diseño de billetes, con los reconocidos maestros José López Pavia y Rinaldo Castagnoli.

Hoy Jorge es un maestro a nivel internacional, y su trabajo como grabador y diseñador ha estado presente en innumerables billetes de varios países: desde México hasta Marruecos, pasando por Colombia, República Dominicana, Perú, Ecuador, El Salvador, Nepal, Surinam, Mauritania, Nueva Zelanda y Canadá.

Tras los billetes de cinco, 10, 20, 50 y 100 dólares canadienses está el trabajo paciente, minucioso y dedicado de quien actualmente es el vicepresidente de Diseño en la Canadian Bank Note Company Limited, con sede en Ottawa, Canadá. Desde 1995 a la fecha, ha realizado el diseño y grabado de dos series completas de papel moneda canadiense (Canadian Journey series en 2001-2006 y Frontier series en 2011-2013) así como dos nuevos billetes de 10 dólares: uno conmemorativo al aniversario de los 150 años de la Confederación Canadiense, en 2017, y el otro, el billete de Viola Desmond, el primero de una nueva serie vertical.

Pero también en México Jorge dejó una gran escuela de grabado y diseño. Durante los 17 años en los que laboró para el Banco de México, este artista participó en el diseño y grabado de billetes, tanto para su país como para otras naciones, además de diseñar el cono monetario actualmente en circulación, monedas conmemorativas y logotipos.

Entre sus trabajos más sobresalientes en la década de 1980 están el grabado de los retratos del papel moneda (serie tipo A) de cinco mil, dos mil, 20 mil y 50 mil pesos mexicanos; el grabado del reverso de 10 mil pesos; el rediseño de los billetes de cinco mil y 10 mil pesos, así como el diseño y el grabado del retrato de 100 mil pesos. A finales de la década de 1980 y primeros años de la de 1990, Jorge se encargó del diseño de la nueva serie de billetes “Nuevos Pesos Mexicanos” (serie tipo B) así como también del rediseño de los mismos en las series tipo C y D, grabando además los retratos de los billetes de 100, 500 y mil nuevos pesos. Todo ello, sin dejar de colaborar para otras naciones latinoamericanas.





No sólo los billetes son la especialidad de Jorge, pues, entre sus trabajos sobresalientes, también están, en 1993, el diseño de las monedas de cinco, 10, 20 y 50 centavos, un nuevo peso, dos nuevos pesos y cinco nuevos pesos mexicanos.

Con una fructífera estadía en el Banco de México, Jorge Peral diseñó, en 1985, seis de las monedas conmemorativas de plata para la FIFA, con motivo del Campeonato Mundial de Fútbol México 1986. Tres monedas de 25 pesos, una de 50 y dos de 100. Una de estas dos últimas fue premiada con el Óscar Numismático de Varese, en Milán, Italia, ese mismo año. Toda esta trayectoria profesional ha sido reconocida tanto en México como en Canadá y otras partes del mundo. El billete canadiense de 20 dólares, con el retrato de la reina Elizabeth II, fue nombrado el billete del año por The International Bank Note Society, en 2004, por la calidad de su diseño y grabado, así como por la seguridad que ofrece. Igualmente, el de 5 dólares de Nueva Zelanda fue premiado por esta misma sociedad como el billete del año en 2015, y también como el billete regional del año por The High Security Printing Asia 2015. Asimismo, en 2013 la familia de billetes para Canadá "The Canadian Frontier polymer series", fue galardonada como la mejor serie del mundo, premiada por The International Association of Currency Affairs.

Recientemente, en 2017, el billete de 10 dólares conmemorativo de los 150 años de la Confederación Canadiense obtuvo el premio como el mejor del mundo en su género por esa misma sociedad. Y, por último, el billete de Viola Desmond de 10 dólares canadienses fue acreedor de dos premios internacionales como el mejor en el mundo en 2018 por las dos mismas instituciones nombradas anteriormente.

El trabajo de Jorge tiene varias aristas, pues también ha abarcado el diseño del actual pasaporte canadiense y el grabado de estampillas postales para la Canada Post, alcanzando un gran éxito internacional, por lo que el director de ese organismo declaró públicamente que para Canadá ha sido un gran honor contar con un artista como Jorge Peral.

Este mexicano ha sido ampliamente reconocido en Canadá, país en el que reside desde 1995. Prueba de ello es que llegó como director Artístico de la Canadian Bank Note Company Limited y actualmente es el vicepresidente de Diseño y grabado de la misma institución.

Jorge ha recibido diversos premios, nominaciones y felicitaciones a lo largo de su trayectoria, como el Premio al Desempeño en la Comunidad Canadiense, que le fue otorgado en el año 2000 en Ottawa, Canadá.

Esto, sin olvidar que Paul Martin, primer ministro, lo felicitó personalmente por su trabajo, y recibió en su momento cartas de felicitación del entonces director general del Banco de México, Lic. Miguel Mancera; del Lic. Napoleón Gómez Urrutia, director general de Casa de Moneda; de María Teresa Segovia de Madero y Arturo Hernández Basave, quienes fueran embajadores de México en Canadá, así como de David A. Dodge, gobernador del Banco de Canadá, entre otros.

En 2005, este egresado de la UNAM fue nominado por el Banco de México como candidato para el Premio Nacional de las Artes y Tecnología en la Ciudad de México y uno de los más destacados reconocimientos que ha recibido es la medalla The Queen Elizabeth II Diamond Jubilee Medal, otorgada por el gobierno de Canadá en reciprocidad a los logros y aportaciones de Jorge a esta nación. Y más recientemente, en 2018, fue galardonado por su país natal con el reconocimiento Mexicanos distinguidos, otorgado por el Instituto de los Mexicanos en el Exterior, debido a sus contribuciones para promover el prestigio y la imagen de México en el mundo.

La labor de Jorge estaría incompleta si no se preocupara también por innovar, pues si bien utiliza técnicas tradicionales de grabado sobre acero para impresiones en intaglio, ha creado un método digital que usó por primera vez en billetes promocionales y para otras naciones, lo que motivó a la empresa KBA-Giori, a ofrecerle trabajo en Suiza, oferta que el artista rechazó por motivos personales.

Jorge es un referente del grabado y el diseño de billetes. Por ello, ha sido entrevistado en medios de comunicación tanto mexicanos como canadienses. Entre ellos, Siempre!, El Sol de México, El Universal, Reforma, El Economista, Canadian Stamp, The Ottawa Citizen, The Globe and Mail, La Presse du Montreal y National Post, además de que varias páginas de internet especializadas mencionan su trayectoria.

Por medio de su exitosa carrera como diseñador y maestro grabador, este mexicano ha transmitido sus conocimientos y experiencias a nuevas generaciones. Actualmente es uno de los fundadores y miembro activo de la famosa asociación internacional de diseñadores de billetes de banco IBDA, creada en Laussane, Suiza, en 2010. Fue también uno de los fundadores y profesores de la Academia Internacional de Grabado Intaglio, con sede en Urbino, Italia. (2012-2018)

Más allá de que el arte ha sido un medio de subsistencia para Jorge, también ha representado un vehículo, un fin y la vida misma, ya que ha tenido una relación permanente, absoluta e indestructible con el arte. Hoy, a sus 66 años, dedica buena parte de su tiempo libre a otra de sus grandes pasiones artísticas: la fotografía.

“Amo la naturaleza y siento una gran fascinación al ver a los animales en su ambiente natural”, ha dicho el artista, quien se ha dedicado fervientemente a capturar paisajes y fauna silvestre. Para ello, ha recorrido los bosques canadienses y otros países. El resultado: fotografías en las que se aprecia el color, la composición, la definición y el sentimiento del fotógrafo.

Es, sin duda, una vida fructífera la que ha llevado Jorge Peral, un mexicano brillante y ejemplar.



Grabado para billete de 20 dólares Canadienses en 2003 . Técnica: buril sobre acero.



ENTREVISTA

por Angelina Rivas

Nos gustaría que nos platicaras algún recuerdo que tienes de cuando empezaste a pintar

Inicié mi carrera como pintor cuando empecé a sentir la pintura en la piel, era muy pequeño, mi papá tenía su estudio en la casa, ahí estaba su restridor. Tendría yo alrededor de cinco años. No sé por qué razón me pusieron en una sábana y me dieron esos botecitos de pintura Vinci y Politec para que jugara. Mis papás se descuidaron y empecé a abrir los frascos y a sacar toda la pintura, comencé a hacer una mezcla de colores; recuerdo que cuando se dieron cuenta yo estaba todo batido en esos colores, me encantó el haber sentido y visto los colores, embarrarlos. Fue una anécdota increíble porque pinté la pared, la sábana, todo un mural.

Más adelante mi papá tuvo su estudio que poco a poco fue mejorando y fue ahí donde prácticamente yo empecé: me sentaba a un lado de mi papá a pintar. Era increíble, lo disfruté y aprendí mucho porque veía cómo usaba los colores, pintaba y los ponía. Yo no hacía nada, solamente lo observaba, tanto, que había un momento en que los dos estábamos callados y estaba muy metido en lo que él

estaba haciendo. Mi papá se daba cuenta que yo estaba muy metido y de repente me hacía “boom” y pues yo saltaba, bromeaba y era una cosa increíble. Y ahí fue donde empecé a agarrar los pinceles, los lápices y a dibujar con él, fue prácticamente quien me empezó a enseñar desde esa edad. Así que cuando tenía 14 años ya sabía muchas técnicas que había aprendido durante todos esos años, veía que tenía ahí su estudio y trabajaba sus ilustraciones, dibujos y pinturas y le decía que ya lo quería ayudar.

Recuerdo que la primera vez que me dio un trabajo me dijo: mira te falta arreglarle aquí esto y corregir por acá, recuerdo que lo repetí como siete veces. Era decepcionante al principio, un aprendizaje duro, pero fue algo también muy bueno, me hizo darme cuenta que hay que trabajarle hasta que uno logre las cosas, no siempre salen a la primera.

Y de ahí en adelante ya empecé a trabajar regularmente, con un poco más de experiencia y creo que como a los 19 años ya era yo su brazo derecho y siempre estuve muy entusiasmado porque yo me enamoré de las técnicas, del arte y en esa época le ayudé a enseñar, a otros artistas que llegaban a trabajar en su estudio, las técnicas que utilizábamos para que el trabajo fuera homogéneo.

El estudio de mi papá realmente fue una plataforma a la que yo le debo todo, ya que en ella empecé con las técnicas el manejo de color y todo desde muy pequeño, así que cuando entré a la universidad ya tenía un camino bastante adelantado.

Cuéntanos qué pasa cuando tu papá te ve metido ya en la escuela, quizás con algunos logros, ya más como un colega

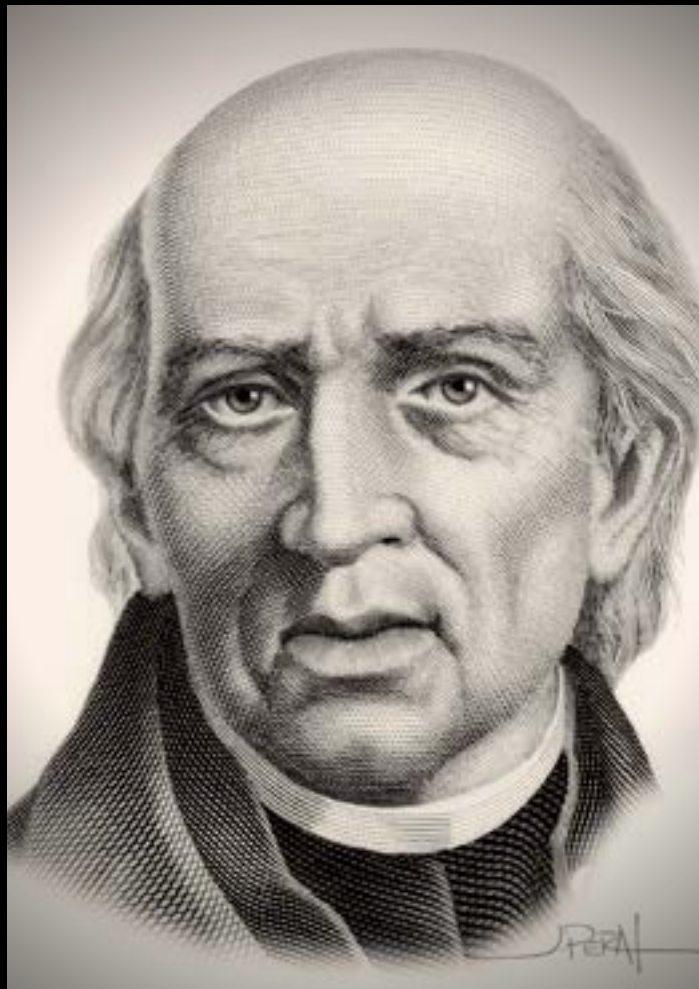
Bueno él desde siempre ya se daba cuenta, porque yo pintaba algo en su estudio y él llegaba a trabajar y veía mi pintura y me decía: mira qué bien, qué bárbaro, te quedó muy bien, me gusta mucho.

Comentaba, no siempre, pero recuerdo un día en especial, como tú lo mencionas, cuando ya estudié grabado en Italia, él vio un grabado mío y me dijo: eres el maestro de maestros, ya eres mi maestro, él estaba muy orgulloso de lo que había yo logrado y él siempre me respetó mucho en cuestión de trabajo y me pedía mi opinión ya con otra perspectiva.

¿Siempre te sentiste encaminado a lo que actualmente te dedicas?

Quizás esto casi no lo he platicado, pero siempre quise estudiar arquitectura y después también, por mí amor por la naturaleza, quería ser veterinario, pero más que veterinario yo quería ser una persona que saliera al campo a estudiar a los animales, estar en el bosque, más que estar curando un animal, pero bueno, cuando llegó el momento de tomar una decisión, esta carrera como tal no había en México, era difícil tenía uno que estudiar en el extranjero; en la carrera de arquitectura pues también complejo, e incluso llegué a pensar en estudiar pintura, pero mi papá me hizo una reflexión y me dijo: mira, has estado todo el tiempo conmigo, desde muy pequeño, con todo lo que sabes creo que debes tomar ventaja, tienes que aprovechar, entonces, yo te aconsejaría que estudiaras algo de diseño, trabajamos aquí en el estudio, lo hacemos más grande. Al final me pareció una buena idea.

Aunque más adelante las desahogué un poco, ya que, por ejemplo, mi casa en México la diseñé y prácticamente yo la construí a mi gusto, con la ayuda de un ingeniero, y de igual forma ahora por ejemplo con la fotografía de naturaleza, el salir al bosque y encontrar los animales y esperar el momento justo para tomar la foto.





Como es que tomas la decisión de estudiar grabado ya que en algunas otras entrevistas hemos visto que no figuraba dentro de tus opciones

Efectivamente yo lo aprendí en Italia, en el estudio de mi papá no se hacía grabado, entonces cuando entré a trabajar al Banco de México pensé “me van a mandar a estudiar diseño” ¿verdad? porque la carrera que yo estudiaba era Diseño de la comunicación gráfica, y dije, bueno pues voy a estudiar a Italia diseño de billetes y es cuando me van diciendo que no, que yo voy estudiar grabado, sentí que se me cruzaron los cables en ese momento, porque no me enteré sino hasta que ya me habían aceptado.

En realidad nos hicieron un examen y pruebas, fuimos como cien personas para hacer nuestras pruebas de todo, a ver quién se quedaba con el puesto, y ya después del papeleo, los trámites y todo, fue que me dijeron que iría a aprender grabado. Entonces yo pregunté: bueno que ¿de qué se trata?, a ver enséñame algo y me enseñaron una plancha de estas típicas de las películas,

que son las planchas de acero donde se hacía entonces el grabado; digo se hacía, porque ya no lo hacemos más pero que se hacía en una plancha de acero que era con un acabado espejo. Era como un espejo y en ese espejo se reflejaba un retrato, pero un retrato muy suave, como una fotografía. Me quedé sorprendido, y entonces ya me prestaron una lupa y observé todo cómo estaba hecho y para mí fue algo del otro mundo, súper impresionante, porque hay poca gente que tiene realmente la oportunidad de ver una plancha así. En todos los años que trabajé en el Banco, y aquí en Canadá, la gente que nos visitaba tenía la oportunidad de ver las planchas y se quedaban atónitos igual que yo esa vez. Es algo bien impresionante es bien lindo, todo está hecho pues a mano con esta técnica de buril y es un trabajo muy preciso y artesanal, muy meticuloso que se lleva meses, pero que cuando yo lo vi pensé: ¿estará hecho a máquina o cómo? Me dijeron vas a aprender una técnica con la que tú vas a poder cortar esto con un buril y me quedé impresionado. Me encantó, me enamoré, porque yo conocía el grabado que todo mundo conoce, a madera y fue cuando entonces empecé a aprender a grabar, a preparar mis propias

herramientas, a manejar la mano con la plancha, la iluminación que debes tener para que no haya reflejos en la plancha y puedas ver exactamente dónde estás grabando.

Una línea que hacíamos era una línea que se quedaba para siempre, no había manera de borrar y, por ejemplo, un retrato llevaba tres meses y medio o tres meses en aquel entonces, cuando estaban aprendiendo hasta cinco meses, y entonces puede ser que ya casi al finalizar pudiera uno cometer algún error, que no estuviera bien afilado el buril, hacer un rayón y eso arruinaba todo el trabajo de meses; entonces, entre más se iba avanzando el grabado en la plancha pues había un poco más de presión; que si me equivoco al principio pues buenísimo,



Shirley Arends
Técnica : óleo sobre lienzo

empiezo otra vez, llevo dos semanas, pero ya conforme se va pasando el tiempo y esto se va viendo ya terminado es más la presión, sobre todo cuando todavía uno no tiene la experiencia; después, con el tiempo, va uno agarrando experiencia, tomando confianza, ya sabe uno cómo manejar las situaciones. Normalmente se decía, en aquel entonces, que se lleva alrededor de cinco a siete años para que un grabador pueda empezar a hacer un grabado en un billete, pero se dieron cuenta que yo avancé muy rápido. Gracias a la experiencia que tenía ya de pintor, de ilustrador y que se me dio también la facilidad de grabar, al año y medio yo ya estaba

grabando mi primer billete en Italia, con mi profesor, claro que fue muy importante para mí. Y fue así que empecé a grabar, así que hice el billete 5 mil pesos de los Niños héroes, no sé si lo recuerdan, ése fue mi primer trabajo: grabar a los Niños héroes en ese billete en Italia, en la Banca de Italia lo hicimos, y después en Suiza estuve estudiando también, ahí hice el grabado de la Coyoxautli del reverso del billete de diez mil pesos. También

ese billete fue una experiencia increíble, se usó una técnica de ácido, además de la de buril. Y es una técnica que también aprendí en Italia para dar la textura de la piedra; es un poco como el agua fuerte para el grabado en acero.

Ya el primer billete que yo grabé en México fue el de dos mil pesos, de Justo Sierra precisamente con la Rectoría y la Biblioteca de la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue mi primer trabajo, tanto como de retrato como también de viñeta, porque también grabé el edificio de la Universidad y fue increíble porque había que grabar todo ese mural de Juan O' Gorman a ese tamaño; la gente me decía: bueno, esto lo haces cinco o 10 veces más grande, pero no, esto se graba al tamaño en el que queda impreso el billete. Fue mi primer trabajo sin profesor, donde tenía que demostrarle al Banco lo que había



ido a aprender a Italia y a Suiza. Fue algo muy significativo, me tuve que probar a mí mismo, ya que siempre había ese temor de que yo no pudiera alcanzar esa calidad que mis profesores anteriormente habían hecho para los billetes mexicanos, sin embargo salió todo muy bien y de ahí en adelante pues ya tomé más confianza, pero hasta ahí seguía yo como grabador en el banco, no hacía diseño de billetes nada más seguía como grabador y todavía estuve diez años como tal en el Banco de México de los 17 años que trabajé ahí. No fue sino hasta 1987, más o menos, que diseño ya mi primer billete, pero allá es otra historia.

¿Cuál es el primer billete que diseñas como tal?

El señor Reyes Santana era el diseñador en aquel entonces de los billetes, desde que se inició la fábrica de billetes en 1969, pero todos los grabados los hacían en Italia mis profesores, y en 1987 él decide dejar el Banco y me dan la oportunidad, así que empiezo a diseñar mi primer billete que es el billete de cien mil pesos.

Aquel que tenía a Plutarco Elías Calles, que es el fundador del Banco de México, y entonces ahí ya también

me toca proponer ideas, todavía un poco trato de seguir con la influencia de los otros billetes porque estábamos tratando de hacer una cierta familia de billetes, ya desde el de veinte mil que era el de Quintana Roo que tenía unos fondos diagonales, entonces el de mil lo sigue el señor Santana con esto y cuando me toca hacer el de cien mil todavía yo mantengo esos fondos diagonales para darle una familiaridad a los billetes y allí es donde yo debuto digamos como diseñador y pongo en él a un venado cola blanca y llegó como muy revolucionario porque todo anteriormente era más tradicional y yo quería hacer algo más moderno. Ahí en la fábrica de billetes, el gerente me dice, yo creo que eso no te lo va a aceptar el director porque en ese billete, en primer lugar, la vista del Banco es de frente nunca se ha visto algo así y el reverso, pues un venado cola blanca olvídalo,



no te lo va a aceptar, él es muy tradicional muy conservador y entonces les dije bueno yo les hago otros diseños más tradicionales, pero déjeme presentarle este diseño, déjeme hablar con el director del Banco, así que a Miguel Mancera, que era el director, le expuse mis puntos de vista acerca de este primer diseño que ve yo había hecho y creo que tal fue mi entusiasmo y la manera que le presenté que le gustó muchísimo y me dijo: adelante. De ahí pues ya fue algo que para mí significó mucho también.

¿Cuánta libertad creativa te dan al diseñar un billete, existen algunas prohibiciones?

Muy buena pregunta, muy buen punto este, efectivamente tienes toda la razón, el banco es el que decide quién va a salir en el billete, no soy yo. La gente piensa, bueno es que tú diseñaste, por qué te propusiste esto, pero no, el banco da el tema principal, de aquel

entonces ha ido cambiando a través de los años, lo que yo he visto también cambia de país en país, pero en aquel entonces lo que que hacía el Banco de México era que el director y una Junta directiva decidían qué personaje querían ver en el billete. Había más libertad en aquel entonces, como diseñador, de proponer lo que quería ver en los elementos secundarios, siempre relacionados con el personaje principal del billete, así que por ejemplo en el billete de Plutarco Elías Calles hice una investigación y me enteré que nació en Sonora y digo, bueno pues que hay en Sonora que podamos poner, así que incluso viajé a Sonora con mi cámara y digo voy a captar imágenes, voy a investigar los museos, con la gente, en fin, involucrarme en ese ambiente donde él nació, qué puedo decir yo de Sonora, qué puedo hablar, y veo que está el desierto y qué hay mucha naturaleza; fuimos a una reserva donde tenían este venado cola blanca, le tomé fotografías y decidí hacer un diseño con él.

Entonces entre más información tenga del país, la cultura, la historia, toda esta información que yo recopilo me ayuda mucho a hacer un billete mucho más interesante, más lleno de cultura y, aquí de lo que se trata es de decir una historia en el billete, se trata de que la gente se sienta orgullosa de su cultura, proyectar la idiosincrasia del país y que en otras partes del mundo también cuando vean un billete de México o del país al que estoy diseñando pues lo identifiquen inmediatamente, se identifique con la cultura; así que esa libertad hasta ese punto la tengo, claro que normalmente, a fin de cuentas, ya una vez que está el diseño, el director y también la junta de gobierno revisa ese billete.

Hay por ejemplo textos obligatorios como, por decir, el Banco de México antes se decía "a pagar a la vista del portador", después ya se lo quitamos, pero entonces esos textos eran y siguen siendo obligatorios, hay que ponerlos en el billete y había otros que yo proponía como, por ejemplo, cuando yo hice ya la serie completa que salió en 1994, yo propuse textos como el poema de Nezahualcóyotl, incluso aquí en Canadá cuando yo diseñé propuse esa idea y también les gustó. En México no había tanto problema, la verdad en Canadá así es muy complicado diseñar un billete, porque como hay mucha diversidad de culturas hay que tener cuidado de lo que se pone porque puede ser que algo que para una cultura es algo muy normal y para otra cultura puede ser ofensivo o para una región de Canadá puede ser ofensivo, así que yo sí he aprendido bastante de la cultura también de Canadá para poder diseñar los billetes, ahí sí que tengo muchas anécdotas de cosas que han sucedido respecto a esto.

A veces enseñamos de un manera que nos hubiera gustado que nos enseñaran las cosas ¿cuáles son las habilidades que para ti son importantes desarrollar en tus alumnos¿cuál es tu sello?

Tengo alumnos que les he enseñado grabado como también diseño de billetes y sí, efectivamente, son

jóvenes que tienen mucho talento, pero para mí 20% es talento y 80% es trabajo. Hay que trabajar y trabajar y no darse por vencido.

Yo les digo a mis alumnos ustedes tienen que observar, tienen que aprender de otros maestros que ya hicieron ese trabajo, todos los detalles y saber qué es lo que a ustedes les gusta para que puedan aprender de ahí, porque para poder inventar algo sin educar sus ojos, sin educarse, sin observar eso les va a llevar más tiempo a donde quieran llegar. Entonces si ya otros maestros hicieron esto anteriormente hay que aprender de ellos. Yo no les impongo, les digo esto lo tienes que hacer, sólo los guío y los dejo ser, los dejo libres; explico los principios y la meta, cuando requieren o se pierden los regreso al camino. La gente tiene que sentirse apasionada por lo que hace, yo digo: el buen alumno supera al maestro.



De los artistas visuales hay intérpretes, quiero pensar existen intérpretes como en las demás artes, pero otra cosa muy distinta es la creación. ¿Cómo es este proceso creativo?, ¿cómo es, en este caso de la pintura de las cosas que tú haces como artista visual?

Has tocado el punto, yo creo que es algo que poca gente me ha preguntado, yo lo he dicho algunas veces, pero tú lo has mencionado perfectamente. Mira, te voy a decir el trabajo de un grabador es de un intérprete, no es una creación, porque por ejemplo te dan un retrato, en este caso te dan una fotografía de un paisaje o de un animal y tú tienes que interpretarlo; es como como unas partituras que ya están escritas y con ellas vas a basar tu interpretación.



Cuántas veces oímos una sinfónica, verdad, en la que una Novena de Beethoven es algo espectacular que te llega, que los sientes, y es que el director le puso ese sentimiento que lo hace que vibre, y hay otras que las escuchas y es la misma versión la misma melodía y no te llega igual, porque la interpretación del director en ese caso no está tan bien hecha. Igual pasa con el grabado, el grabado es una interpretación realmente, no es una creación, es una interpretación que tú le vas a dar a ese retrato, ahí tú vas a poner todo tu conocimiento como grabador, tu maestría para poderle dar ese volumen, esas texturas, ese sentimiento que a la gente la eleva, lo va a sentir. Ahora, en la parte del diseñador, a mí me ha tocado por fortuna tener las dos partes, donde soy diseñador y grabador que es rarísimo; casi en el mundo o son diseñadores o son grabadores, es diferente porque ahí tú sí puedes crear algo, no es interpretar es más bien inventar una imagen, todo lo que tú vas a decir en el billete, cómo vas a contar una historia, es como escribir una historia, es exactamente eso cómo lo vas a dejar ver al público para que se enamoren, que les guste para que se sientan orgullosos de su billete, entonces, aquí sí es totalmente distinto.

Algo muy importante para mí era buscarle el por qué a las cosas. Por qué tengo que hacer las rayitas horizontales en lugar de verticales, porque a lo mejor hay una razón por la que se usan así, pero yo quiero saber por qué y entonces ahí está la diferencia. Cuando tú aprendes el porqué de las cosas es la fórmula, si tú aprendes por qué la razón de diseñar de esta manera en lugar de cómo, al momento que tú lo entiendes puedes, a lo mejor, inventar otra forma de hacerlo porque tú ya sabes el porqué del principio de ese diseño, así que muy buena pregunta y yo creo que no sé si me explique, pero eso es lo que he aprendido en la vida o sea que hay que aprender el porqué de las cosas, por qué hace uno las cosas, digo, también es importante cómo hacerlas pero detrás de ello está el por qué.



Visita las redes sociales de Jorge Peral



jorgeperal.com



jorge_peral_photography

Link directo a la entrevista completa de youtube

https://youtu.be/Helo8_Ozvt4

Taches y tachones

Aviso de gratuidad.

Taches y tachones es una publicación de circulación gratuita, elaborada por un grupo de amigos con el único y exclusivo propósito de divulgar las letras y las artes, razón por la que no persigue fines de lucro y por ende carece y carecerá de ingresos, porque hasta los avisos comerciales son gratuitos; tampoco tiene erogaciones y los esporádicos gastos que lleguen a presentarse serán sufragados por los administradores de la revista, con cargo a su propio peculio.

www.tachesytachones.com